

CRONICAS

LAS MISIONES DE LOS MANOITAS A CARGO DE OCOPA EN EL SIGLO XVIII

Fr. Martín de Martín

Relato inédito de Fr. Martín de Martín, O.F.M

Transcripción paleográfica: Julián Heras, O.F.M.

(Original en el Archivo de Límites del Ministerio de Relaciones Exteriores de Lima, Signt. LEB-12-14; copia en el Archivo de Ocopa, proporcionada al CAAAP por el P. Julián Heras, bibliotecario de Ocopa).

VIDA EJEMPLAR DEL SIERVO DEL SEÑOR Y VENERABLE PADRE FRANCISCO DE SAN JOSE LLAMADO VULGARMENTE EL CUATRO OJOS, PREDICADOR APOSTOLICO, GUARDIAN Y VICECOMISARIO DE LAS CONVERSIONES DEL COLEGIO DE SANTA ROSA DE OCOPA EN EL REYNO DEL PERU.

CAPITULO I

Patria, Padres y primera educación del Venerable Padre hasta tomar el hábito de nuestra sagrada religión.

Que el hijo sabio es gloria de su padre nos lo afirma el Espíritu Santo y siendo la verdadera sabiduría aquella que se funda en el santo temor de Dios, sólo se pueden gloriarse de hijos sabios el que los tuviese virtuosos. De esta gloria gozó en todos los siglos el Serafín llagado N.P.S. Francisco, en la multitud de hijos sabios que en la universidad espiritual de su religión crió en el santo temor de Dios; teniendo con ello no sólo Gloria para el Mundo, sino gozo accidental extraordinario en las Moradas del Cielo. No contribuyó poco a ensalzarle esta gloria el Venerable P. Fr. Francisco de San José, profesor de su instituto, cuya ejemplar vida pienso historiar, a pesar de la repugnancia que para ello siento. Ni lo limitado de mi discurrir, ni lo tosco de mis voces, ni lo nada expresivo de mis expresiones, ni lo poco limado de mis términos, me detiene a emprender una obra tan sobre mi talento; pues no escribo para que con tal humilde estilo se dé a lo público, ni es tanta mi soberbia que yo presuma ser para ello.

Tres son las causas que me mueven a hacerlo, que son: La primera el evitar la queja que advierto en nuestros Cronistas contra los religiosos contemporáneos a los siervos de Dios, en no haber dejado anotados sus hechos y virtudes, para que ellos con lo elegante de su decir y nervio de su

razón las den a público en el tiempo oportuno; la que siempre desde niño reputé por justa; porque sobre ser útil su narración al común de los fieles que leen sus vidas, para animarse a practicar virtudes que practicaron ellos, cede en honra de nuestra madre la religión, cuyo honor debemos todos por los medios posibles procurar con mucho o poco talento. La segunda por no poder tolerar quedemos sepultados en la región del olvido los hechos ejemplares que hizo este gran siervo del Señor por ensalzar la gloria de su nombre; los trabajos que padeció por darle a conocer a las más remotas y bárbaras naciones y las virtudes que para ello practicó, siendo tantas que no me detendré en llamarlo el Apóstol de las Montañas del Perú. Y la tercera y principal porque me sirva a mí de estímulo que el celo ardiente e infatigable que tuvo en la salvación de las almas y aquella constante práctica de virtudes que con su amable compañía experimenté por algún tiempo.

No hay en la vida de este siervo del Señor todo aquel complejo de gracias *gratis datas* que llaman los teólogos con las que suele hacerse sensible la omnipotencia divina en aquellos que con fino amor le sirven, como son visiones, revelaciones, éxtasis y arrobos; sino una virtud sólida, practicada a influjos de la divina gracia; una perfección religiosa digna de ser emulada, aun de aquellos a quienes Dios Nuestro Señor adornó con las gracias expresadas. Y algunos visos de aquella promesa que la Majestad de Cristo nuestro bien, hizo con sus apóstoles cuando los envió a predicar

su Evangelio y en ellos a todos sus Ministros evangélicos.

Nació, pues, este siervo del Señor en el año de 1721 de nuestro universal remedio, día 27 de agosto en que nuestra Madre la Iglesia celebra la fiesta de San José Calasanz, fundador de la sagrada Orden de clérigos menores. Fue natural de los reinos de España e hijo de un lugar llamado Manzanares, sito en la Provincia de la Mancha, Arzobispado de Toledo. Sus padres me persuado fueron nobles, pero aunque no lo fuesen fueron labradores honrados y por la opulencia de riquezas y santas costumbres estimados en aquel famoso pueblo que puede gloriarse de haber sido madre de tan ejemplar y virtuoso hijo. Su padre se llamó Blas de Mora Barragán, su madre Teresa Fernández Castellanos. Estuvo ésta muy apretada en el parto del Venerable Padre. Tan intensos y vehementes fueron los dolores que la pusieron en el último prieto, sin que las medicinas ni la experiencia de las mujeres más prácticas que por oficio asisten en estos conflictos pudieran aliviar su vehemencia. A tanto llegó el peligro que la partera recelosa de que la criatura sólo hecha pedazos pudiera salir del claustro materno, le echó agua y bautizó aún antes de nacer en aquella parte que le fue posible. Parece que la Providencia divina quiso de ante año dar una reseña de los trabajos que esta criatura venía a padecer al mundo, sobre la ley común de los hijos de Adán, pues no había nacido cuando experimentó los riesgos del morir; o que nuestro común enemigo reconociendo por las cualidades naturales del niño el enemigo que le nacía para hacer la guerra en las Américas con su predicación y ejemplo; e intentar destruir su imperio en las Montañas del Perú procuró que fuese antes muerto que nacido, si no es que

diga finalmente que entendido de los riesgos que hay en el mundo de perder la vista del sumo bien, temía cual otro Bautista salir del receloso de perder entre sus lazos aquel Dios que lo había criado y redimido.

Nacido, pues, con tantos trabajos y peligros de perecer y bautizado como dejo dicho, se le usó el santo crisma y óleo en dos de setiembre y fue rebautizado bajo de condición por haber dudado el Párroco del bautismo administrado por la comadre. Púsosele por nombre Francisco, Antonio José, no sé si por haber nacido en el día de San José de Calasanz (entonces Beato) o por cordial devoción al Señor San José, esposo de María Santísima Nuestra Señora, que tuviesen sus padres, a quien siguió el Venerable Padre toda su vida en la devoción usando en obsequio de este glorioso Patriarca el sobrenombre de San José sin traer a la memoria los apellidos paternos como todos usamos.

Criáronle sus padres con santo temor de Dios en la observancia de los divinos mandatos, que le daban practicada con el arreglo de sus santas costumbres y ejemplos, persuadidos que ninguna herencia podían dejar a sus hijos más pingüe y apreciable que el criarlos virtuosos; no omitían diligencia que pudiera contribuir a su edificación no ignorando ser más eficaces para mover a la guarda de la divina ley e imprimirla en los corazones ajenos, los medios que entran por los ojos que los que se perciben por los oídos.

Logróse la semilla de sus santos ejemplos en sus hijos, pero en especialidad en una hija que se entró religiosa de la Concepción en la villa de la Membrilla, donde fue muchas veces Prelada con singular acierto en

su gobierno, por haberla dotado Dios de una celestial prudencia; de un celo no sé si más activo que suave (medio poderoso de conservar la disciplina regular y mantener en caridad los súbditos) y de otras prendas religiosas que la hicieron amable para con Dios y para con los hombres, y en nuestro Venerable Padre a quien dispusieron con lo ejemplar de su vida y dieron paso franco a las inspiraciones del cielo con sus virtudes para que Dios Nuestro Señor le llamase al estado religioso. No he podido adquirir otras noticias de sus primeros años y lo siento, pues, regular que ya viniese habituado del siglo a muchas virtudes que después practicó en la religión.

CAPITULO II

Toma el hábito de nuestra Sagrada Religión y otros sucesos hasta que fue al Colegio de PP. Misioneros de Sehégín, sito en la Santa Provincia de Cartagena.

Deseoso San Juan de apartar a los cristianos de los lazos y peligros del mundo, les dice: No queráis amar al mundo ni cuanto en él se encierra porque si lo amáis no entrará en vosotros la caridad de Dios, y menos aquella especialísima con que el Señor ama y favorece a los justos ni aquella con que vosotros deseáis amar a su Majestad, porque si amáis al mundo en éste no hay más que concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida: esto es, amor desordenado de riqueza, y bienes temporales; amor desordenado de deleites y regalos; soberbia de la vida, o deseo de las honras. No améis nada de esto, pues el mundo y toda su concupiscencia pasa, huye y se desvanece.

Apenas rayó el uso de la razón en el Venerable Padre cuando le dio Dios un conocimiento claro en su entendimiento de esta verdad: una adecuada penetración de las falacias del siglo; y un conocimiento expreso de sus peligros; por lo que determinó entrarse en la religión del seráfico Patriarca donde cortados de una vez las raíces de su daño, pudiera entregarse con más libertad a la observancia y práctica de tan celestiales desengaños. Consultó con sus padres la vocación, los que como tan buenos cristianos tuvieron un extraordinario júbilo en la elección del estado que hacía su hijo. Lejos de atender a conveniencias temporales y a otros fines terrenos y frívolos que suelen ser no pocas veces causa del mal logro de las más eficaces vocaciones, permitieron tomase el hábito de nuestra seráfica Religión en el convento de nuestro P. S. Francisco de la ciudad de Huete o Avete en la ciudad de Cartagena, en el día siete del mes de febrero del año de 1738 como consta de la Partida de hábito.

Alistado en la seráfica familia este soldado de Jesucristo y puesto en la casa del Señor no es decible el gozo de este siervo suyo, al contemplarse en la posesión de sus deseos en tan tempranos años, que no había cumplido diecisiete de su tierna edad. Como tan obligado a Dios empezó a mostrarse agradecido, correspondiendo a sus santas inspiraciones con la exacta observancia de las reglas y constituciones; pues penetró con aquella natural penetrativa de que le dotó el cielo que el fundamento y el medio y el fin o consumación de toda virtud religiosa a que después había de arreglar su vida es la observancia de ellas. Era de clarísimo entendimiento y apenas advirtió en lo que consistía la perfección a que había de quedar obligado por religioso, cuando asistido

de la divina gracia lo abrazó con tanto empeño y tesón su voluntad que hasta la muerte no desistió de las observancias regulares en lo que fue ejemplarísimo; verificándose en sustancia el dicho del Espíritu Santo que cual fuese la juventud tal será la senectud.

Pasó su noviciado con ejemplo de la Comunidad y admitido a la Profesión hizo los votos y profesó la vida y regla de los frailes menores quedando de una consagrado a Cristo. Apenas profesó cuando los Prelados le aplicaron a los estudios de Filosofía y Teología, en lo que salió aprovechado. Era de clarísimo entendimiento, despejado juicio, tenacísima memoria, particular penetrativa y de tal prontitud en discurrir que apenas vi otra semejante. Tuvo las primeras funciones literarias con el mayor lucimiento y sin duda hubiera pasado a obtener las primeras cátedras de la religión a no tener la Providencia divina determinado para Apóstol de las Montañas del Perú; porque demás del derecho que tenía por sus relevantes talentos y méritos que le hacía acreedor a ello, era ocasión en que un tío suyo, carnal hermano de su madre, era el que gobernaba la Providencia por haber sido dos veces Provincial en ella, junto con otros dos sujetos que le favorecían y miraban con particular inclinación, ya por sus prendas religiosas que hacen amables a los sujetos para con Dios y los hombres y ya por varios respetos de religión que suelen mover más que los de la carne y sangre.

Recibidos todos los sagrados órdenes en Salceda del Río, lugar del Obispado de Cuenca y habiendo recibido el Sagrado Presbiterado, determinó partirse al apostólico Colegio de la villa de Sehegin, ya para vivir con ejemplar

vida, atento al cargo en que Dios se había dignado ponerle y de que se le había de hacer cargo en el formidable juicio de Dios y ya para prepararse al empleo de Predicador apostólico Misionero a que su Majestad le llamaba, y no queriendo vivir para sí solo sino para los prójimos, como de todos sus hijos quería nuestro P. S. Francisco. Por más que el amor propio le lisonjeaba con la proporción del tío el vivir con comodidad y estimación, todo lo abandonó, reputándolo como estiércol por ganar a Jesucristo y seguirle en la instrucción y conversión de las almas a que toda su vida aplicó los mayores conatos y dirigió sus continuas fatigas, ansias y desvelo. Ni el sentimiento que pudiera ocasionar al tío al ver que se apartaba de la carrera de la cátedra le detuvo para no seguir los impulsos de la vocación divina, sino que atropellando por los respetos mundanos, obtuvo con sagacidad y cauteloso silencio la licencia del P. Guardián del apostólico Colegio de Cehegin para irse a morar a él; medio por el que no se percibió en público nada de su determinación hasta que estuvo en el Colegio Misionero. Era el tío sobre sabio virtuoso y cuando parece lo había de sentir, se alegró mucho de su determinación y cuando recelaba su enojo, se halló con un Misionero para exhortarle a la perseverancia en tan santo ministerio. Puesto en el Colegio, se entregó a los ejercicios de mortificación y penitencia, y a la práctica de las virtudes persuadido que los medios más eficaces para arrancar los vicios del mundo y plantar las virtudes en otros son las virtudes y ejemplo del Predicador. Y a la observancia de las Bulas apostólicas y Constituciones Generales y Municipales del Colegio como quien sabía que en ello (está) la perfección religiosa de un Misionero. ¡Oh si todos nos hiciéramos este cargo cómo

seríamos más perfectos; cómo tendría más estimación el ministerio, cómo lograríamos más conversiones de pecadores, y seríamos más agradables a Dios, y más útiles al mundo. Por la observancia de las Bulas apostólicas han tenido su aumento los Colegios y por su observancia tendrá su perseverancia y adelantamiento en las conversiones tanto de gentiles como de cristianos viejos, lo demás sólo será perderse todo con el tiempo. En este Colegio vivió con particular ejemplo hasta que se alistó para servir a este Colegio de Ocopa a fin de trabajar más en la viña del Señor y aumentarla entre los infieles dándoles luz y noticia de nuestra santa Fe intimada por Dios en su Escritura y Evangelio.

CAPITULO III

Parte el Venerable Padre del Colegio de Cehegin para éste de Ocopa y otros sucesos particulares del viaje.

Desconsolado había quedado el Colegio de Ocopa (por entonces aún Hospicio) con el general alzamiento del de Juan Santos Atahualpa Apoinga; desposeído de los hijos que a costa de fatigas, sudores y aun sangre de varios varones apostólicos había engendrado para Dios en el Cerro de la Sal y Montañas inmediatas; y perdidas casi del todo las esperanzas que había concebido de la reducción de las naciones coniba, simirinchá, pira y otras que habitaban en la gran Pampa del Sacramento y orillas del famoso río Ucayali, cuando rompiendo por indecibles dificultades tomó cuantos medios en lo humano eran posibles para su restablecimiento. Estos fueron dar parte a nuestro católico monarca Fernando el sexto que a la sazón go-

bernaba los reinos de España, por medio del Venerable Padre José de San Antonio, Comisario que se halla en España de este Colegio de Santa Rosa de Ocopa. Llegada esta noticia a la corte y dada a su Majestad penetró el corazón de aquel piadoso Príncipe. Para dar algún alivio a su pena, tomó el medio a petición del Colegio de enviar una Misión auxiliada en un todo y habilitada de su Real Erario para que pudiera ocuparse en la pacificación de las Conversiones del Cerro de la Sal y sus adyacentes. A este fin dio su Real Cédula en el año de 1751 para que se llevase a efecto la reconquista de las dichas conversiones.

Vista por el Venerable Padre Fr. José de San Antonio la determinación del monarca, expidió dicho Comisario una carta exhortativa por las Provincias franciscanas de España tan llena de fervores apostólicos que abrasados los religiosos de ellas en celo de la salvación de las almas, que se ofrecían a porfía al remedio de tanta necesidad; teniéndose por dichosos los que merecían ser elegidos. Con tan eficaz diligencia recolectó en breve una Misión de sesenta sacerdotes, con los religiosos legos y donados correspondientes, en la que le cupo la elección del Venerable Padre.

Dividióse ésta para su venida en dos trozos. Uno vino por la vía de Buenos Aires, que fue el segundo; el otro, que fue el primero, y en que vino nuestro Venerable Padre, hizo su viaje por la vía de Cartagena, habiendo arribado al Perú y llegado a este Colegio el año de 1752. Cuántos fueron los trabajos de estos operarios evangélicos los conocerán los que han navegado; pues sobre los ordinarios susos y temores de los que navegan, estuvieron en peligro próximo de perecer.

La primera vez fue el Golfo de las Damas, que estando los religiosos comiendo y el navío con todo el velamen, le acometió un huracán de viento opuesto, tan repentino y furioso, que trastornó la nave o la puso de costado. Cayeron los religiosos de espaldas y los vasos, platos y jarras sobre ellos. Cuan próximo peligro de perecer sea este lo conocen los prácticos navegantes, pues todos unánimes afirman ser este acontecimiento llamado contraste, uno de los mayores riesgos y peligros de perecer que ocurren a los marinos.

En tanto conflicto se hallaban cuando Dios N. S. fue servido darles consuelo, pues cesando algún tanto el aire de aquel ímpetu primero pudieron maniobrar y escapar del riesgo.

La segunda fue en las islas de San Bernardo día de nuestra patrona S. Rosa de Lima en el que antes de amanecer estando los religiosos aún recogidos varó el navío, con tal horrible golpe y formidable estrépito que juzgaron todos que se había hecho pedazos. Contémplese a dónde llegaría el conflicto de estos pobres al contemplarse de un instante a otro hechos difuntos.

La tercera fue junto a la isla de Barú, donde finalmente varó y pereció el navío; en el terrible conflicto de verse en las garras de la muerte, de ser pasto de los peces y víctimas de las aguas se hallaban cuando habiendo notado los habitantes de la isla que en navío varado había frailes franciscanos y misioneros, cuando urgidos de su devoción al Santo, le pusieron en rogativa encendiéndole una lámpara, pidiéndole con instancia todo el pueblo que socorriera a aquellos sus afligidos hijos, que sólo los tenía en aquel aprieto el no querer vivir solo para sí,

sino para el bien de sus prójimos, que era el fin para que su religión había constituido. Mientras las mujeres y niños rogaban a Dios y al Santo en la iglesia, los hombres cogieron sus canoas y abordando al navío fue Dios servido salieran, aunque vivos, medio muertos del susto.

Todos estos lamentables y peligrosos acaecimientos pudieron ser naturales desgracias, pero aunque tales no dejo de discurrir fueron astucias de nuestro común enemigo que receloso de la guerra que le habían de hacer los misioneros tanto con su predicación y buenos ejemplos entre los fieles, como entre infieles, asestó los tiros de su malicia a fin de que perecieran en el mar, aun antes de que le declarasen la guerra en el Perú, intentando reconquistar el imperio que injustamente usurpara en aquellas almas que por su culpa se le habían sujetado en toda la Montaña.

No lo consiguió, pues, a pesar de su soberbia y rabiosa envidia no sólo en el navío sino por tierra en cuantos lugares y ciudades encontraron, vinieron ejercitándose en el ministerio apostólico cogiendo con su predicación y ejemplos admirables frutos de penitencia en innumerables pecadores que a la eficacia de su predicación y santa vida se resolvían a dejar la peligrosa de los vicios. Cúpolé a nuestro Venerable Padre la mayor parte de esto, pues con la gracia que le dio Dios de aquella tenacidad de memoria tan particular, que con sólo leer un sermón de mozo sucesivamente lo predicaba, en todos los apuros era el primero el cuatro ojos; pues aunque venían sujetos muy hechos y de igual o superior talento, excedía a todos en la prontitud de la memoria que es lo que más aprovecha a los misioneros en los aprietos. Donde más quiso hacer su

Majestad felices los trabajos y fatigas de su siervo, fue en la ciudad de Panamá donde predicó treinta días consecutivos y donde cogió copiosísimos frutos de muchas conversiones de pecadores a quienes sacó del tirano poder del demonio.

Rabioso éste de ver ultrajada su soberbia de este pobre fraile franciscano, le armó algunos lazos de los que salió victorioso en los brazos del sufrimiento.

Finalmente llegaron a este Colegio que hallaron en el desconsuelo de la pérdida de Sonomoro y con ella casi cerrada la puerta para la conversión de la gentilidad, que era el motivo que tuvieron para dejar sus patrias, sus provincias, sus padres, sus conocidos y amigos. Sólo quedó la puerta de Andamarca; pero no se descuidó el demonio, en ver si podía cerrarla del todo, perdiendo todas las almas que en él había y acabando con los misioneros, que eran sus intentos. Para esto movió al rebelde Juan Santos para que aquel año saliera a aquel pueblo de la Montaña con el fin de sujetarlo. No lo pudo conseguir, pero estuvo muy próximo a ello, como a matar a los dos Padres que había en aquella doctrina, que eran el P. Fr. Juan Fresneda, a quien después mataron en Manoa, y el P. Fr. Mauricio Gallardo, quien habiendo dejado algún tiempo después el Colegio y conseguido en la Provincia el honor de Lector Jubilado, se volvió a morir a él con particular ejemplo. Finalmente hallándose con tan invencibles impedimentos para la conversión de los infieles que eran los principales intentos y fines de su venida a estos reinos, se aplicaron unos a los ejercicios de mortificación y penitencia, procurando con este medio mover a Dios para que no se malograsen sus deseos, que era dilatar la

gloria de su santo nombre entre los gentiles; y otros a predicar entre fieles esperando tiempo en que poder conseguirlo.

CAPITULO IV

De las virtudes de Fe, Esperanza y Caridad que ejercitó el Venerable Padre.

Son las virtudes unos hábitos que adornan y ennoblecen las potencias de la criatura racional y las inclina a las buenas operaciones. A toda criatura racional sin diferencia comunica el Altísimo la luz de las virtudes naturales y de la gracia; mas sobre esta ley general y providencia que tiene el Supremo Señor para con todos los hombres se muestra más benéfico para con los cristianos a quienes por ningunos méritos suyos, sino por su gran misericordia les hizo el imponderable beneficio de ponerlos en el gremio de la santa Iglesia y a los que mediante el santo bautismo les infunde los hábitos sobrenaturales de fe, esperanza y caridad para que con ellos trabaje y sobre conservar los bienes recibidos adquiera otros con sus propias fuerzas, obras y merecimientos.

Esta fuera la dicha de los hombres si correspondieran al amor que les muestra su Creador y Reparador, hermoseando sus almas y facilitándoles con hábitos infusos el ejercicio virtud de la voluntad; pero el no corresponder a tan estimable bien los hace en infelices; porque esta deslealtad consiste la primera y mayor victoria del demonio contra ellos.

Lejos de esta ingratitud estuvo Nuestro Venerable P. Fr. Francisco de San

José, pues toda su vida fue un continuado ejercicio de ellas como veremos. La fe primera en orden por ser base de las demás y habiendo sido en este siervo el Señor el apoyo donde fundó lo grande de su santidad, no pudo menos de ser firmísima. Hizo de ella grande aprecio, pues conoció que ella era lo que pone cerca el objeto infinito de Dios a quien adoraba con su alma: la que enseña el camino cierto de la eterna felicidad: la que luce en las tinieblas de la vida mortal a los viadores, y la que los lleva seguros a la posesión de la eterna bienaventuranza, a donde debían caminar si no estuvieran muertos con la infidelidad y pecados: la que despierta las demás virtudes: la que sirve de alimentos al justo; y finalmente la que le consuela y entretiene en sus trabajos. Descubriéronse sus quilates en el Venerable Padre en aquel incendio inextinguible de los deseos del martirio que abrasaban su corazón, aquella ansiedad de que Dios fuese conocido de todo el mundo que sólo pudo acabarla la muerte; aquellos ardientes conatos de dilatar las glorias de la Cruz en las regiones más remotas; despreciando peligros de mar; abrazando trabajos de tierra, tolerando cansancios; sufriendo sedes; emprendiendo caminos largos y pesadísimos como después veremos y aquel estar entre los gentiles expuesto y pronto a dar cabida por promulgar la fe de Cristo, qué son sino una prueba sensible de su fe viva y ardiente, que inflamada de lo activo y fervoroso de su celo despedía radios en sus obras para abrasar a sus prójimos y encenderlos en las llamas purísimas del amor al Crucificado? Aquella piadosa inclinación que tenía a administrar los santos sacramentos de comunión y penitencia que jamás se negó a nadie pudiendo, aunque fuese el más miserable, antes sí haciéndolo con más amor y caridad a los

más pobres y desvalidos: aquel haber aprendido las lenguas cholonas, conibas, shipiba y seteba de la que escribió vocabulario con tan indecible trabajo que de ello perdió el estómago. Aquel trabajo de haber escrito en lengua seteba y coniba el catecismo y las oraciones de la doctrina cristiana para sacra a aquellos gentiles de sus idolátricos errores y darles a saber los misterios más recónditos y venerables de nuestra católica Religión: aquel luego que se vio Guardián de Ocopa emprender las conferencias de lengua siendo él el primero en ponerse a declinar los nombres y luego que se vio en Chanchamayo emprenderlo con más eficacia y estarme a mí con la mayor sagacidad y amor adelantándome para que lo hiciera a fin de que sacásemos a los pobres de sus ignorancias y los confesásemos, qué es sino efectos de aquella fe viva que ardía en su alma?

Sacramento de fe por antonomasia es el de la Sagrada Eucaristía en cuyos obsequios y cultos puso todos los esfuerzos de su devoción. Nunca que pudo dejó de decir Misa, pues en la recepción de este divino Sacramento tenía librados los aciertos de su apostólica vida. No es creíble el tiempo que estuvo en Manoa, cuánto fue el dolor que atravesó su alma con no poder decir Misa todos los días, ya por la falta de vino, ya por la harina, pues sobre no tener más que un poco de trigo, que para ello le llevaban desde las conversaciones de Cajamarquilla con los trabajos del camino que diremos después, no tenía otra piedra de molino para hacerlo que dos cantos que se encontraron por acaso; pues no era fácil en muchas leguas allí el hallarlos. Los trabajos que con esto padeció no nos son decibles, después a mí me dijo que fue uno de los mayores que padeció, pues sobre el trabajo de

hacer las hostias con tanto trabajo, sentía el dolor de no poder recibir al Señor que era el consuelo y fortaleza suma, todo lo cual indica particular viveza de su ardiente fe acerca de este divino Misterio; esto persuade aquel levantarse por lo regular a las tres de la mañana para disponerse con la más ferviente oración y actos de las virtudes para recibirle: esto aquel celo de la curiosidad, limpieza y aseo en los altares, y demás cosas pertenecientes a la celebración de este divino sacrificio; para lo que traía siempre consigo, cuando viajaba el hostiario, la ampolla para traer vino, y los corporales; a fin de evitar por este medio las irreverencias en el Cuerpo y Sangre de Cristo y darle el culto posible y debido: esto es una cruz que de continuo traía en el pecho, señal de la gran veneración que de ella tenía en su corazón meditando la pasión de Jesucristo, de quien fue devotísimo, y sirviéndole de recuerdo; para el agradecimiento al imponderable beneficio que aquel Señor le había hecho de haber en ella redimido, aunque no faltaron malignas avisas que de la flor de su dulce devoción a la Cruz y al Crucificado sacasen veneno de decir que todo cuanto trabajaba era para que lo hicieran Obispo; y esto fríamente da a entender aquella cordialísima devoción a la Madre de las Misericordias, María Santísima, a N. P. S. Francisco y a Santo Domingo, y otras sin número de acciones que nos hacen sensible la viveza de la fe que reinaba en su alma.

La esperanza en Dios que tenía era firmísima, generosa y ardiente de la que le nacía aquel hacer frente a todas las dificultades que le ocurriesen para dar cumplimiento y buen logro a sus empresas apostólicas: de aquí el romper las dificultades de ir a Manoa que se le proponían para la reducción de aquella nación, pues con

las desgracias que habían acontecido en la entrada que el año de 1757 los Padres Fr. Juan de Santa Rosa, Fr. Juan de Dios Fresneda, Fr. José Salcedo y Fr. Antonio Cabello, en la que murió este último a manos de los infieles, 12 indios cristianos de las conversiones de Cajamarquilla y muchos más de los infieles, poca esperanza podían llevar en lo natural de la consecución de sus intentos: y de aquí el haber hecho frente en la expedición de Chanchamayo a un Gobernador de Indios tal cual como D. Juan José Avallafuentes, como se verá en el tratado último de esta vida. Sólo Dios, cuyas promesas (de que el que espera en él no será confundido) son infalibles, pudo sacarle bien de las manos y pluma de aquella criatura que tantos pesares y trabajos le ocasionó. Finalmente, en todos sus trabajos recurría a Dios, como él me dijo, y me salen mejor que si fuera hombre de mucha autoridad.

La caridad, corona de las virtudes, medio y fin de la vida espiritual, con quien tiene la gracia tan estrecho vínculo, que o por conexión o por identidad cuasi son una misma cosa, parece que halló en este siervo de Dios su asiento; es esta divina virtud tan activa y oficiosa que ni en sus ansias puede tener hartura ni en sus operaciones treguas; gira en continuo círculo o movimiento de Dios al prójimo y del prójimo a Dios, tirando todas las líneas de su circunferencia al punto fijo que es el amor. Así se vio en el Venerable Padre que en todas sus operaciones y trabajos siempre miraba al amor de Dios y del prójimo; testigo de esta verdad por lo que hace a los prójimos los trabajos indecibles que por su salvación padeció, como veremos en el capítulo en que trataré de su celo: por lo que hace a Dios lo convence aquel cumplir sin tedio no sólo los

divinos mandamientos, sino los consejos de la regla, las bulas apostólicas y las constituciones, de lo que fue observador y celador acérrimo: aquel estremecerse cuando por lo fogoso y activo de su genio fuertísimo se turbaba exteriormente o por ver las malas operaciones de los prójimos o por corregirlas cuando debía. Llegó a sentir tanto esto y puso tantos conatos para jamás turbarse que me ordenó a mí que luego que lo advirtiese turbado le mirase con rostro severo. Contéplese una acción como ésta de un hombre de su autoridad, años y canas, cuánto amor a Dios indica y cuán eficazmente procuraba el no desagraarle.

De aquí le nacía un amor entrañable a aquellos religiosos que caminaban a la perfección, y que amaban a su Majestad y un jamás tratar con nadie que viese que ofendía Dios. Aun los religiosos que le ofendieran le era causa bastante para romper con ellos, aun con todas las personas mayores de los seculares por más beneficios que hubiera recibido ni esperara recibir, sea ejemplo con nuestro hermano D. Lorenzo Cárdenas, a quien siendo síndico de las Conversiones, mirándole como a hijo por haber recibido particulares favores y prometiéndose más de su caridad y la de su esposa, porque advirtió que se frecuentaba el juego de naipes, le dijo que si no se cortaban los juegos, que no volvería más a la casa.

Lo mismo sucedió con la hermana un día que en Lima la vio vestida a la moda de aquella ciudad o desnuda de los brazos, a quien se lo reprendió e hizo que jamás se volviese a poner de aquel modo. Finalmente conoció que esta divina virtud era el origen de todos los bienes, el remedio de todos los males, la que desarma los ene-

migos del alma, la que alivia los trabajos, la que suaviza las asperezas, la que endulza las tribulaciones, la que corrige los vicios, la que aborrece los pecados, y la que consuela el corazón de los siervos de Dios en sus trabajos y aflicciones, como lo experimentaba por lo que procura conseguirla no teniendo otro fin en tanto obrar que el amor a Dios, y el que no se malograse su sangre santísima en los prójimos.

CAPITULO V

De la observancia exacta de los tres votos de pobreza, obediencia y castidad del V. P. San José.

Que toda la ruina de los hombres proviene del mal uso de la libertad es una verdad tan sabida como cierta y sólo perdiendo ésta podrán recuperar los daños que hicieron a su alma por el abuso de ella. Piérdese ésta por la profesión religiosa para lo malo y asegurarse para lo bueno. Lo que la rienda que desvía de peligro y adiestra para el camino, hace los votos en el alma que a Dios por ellos se consagra. Así se vio en el Venerable Padre, quien guiado de ellos evitó los peligros del mundo, demonio y carne contando esmero y conato que hasta de los remotos huía por observarlos. En la obediencia fue extremado, pues jamás replicó a sus Prelados, ni jamás censuró que a otros los ocupasen en el ministerio, y a él lo pospusiesen ni se acordasen de él. Así se experimentó todo el tiempo que estuvo en las Conversiones de Cajamarquilla, desde por orden de los Prelados salieron a varios registros de gentiles otros religiosos sin que se acordasen de él ni se valiesen, no ignorando nadie la gran expedición que tenía para estos asuntos,

el tino mental, para el acierto en cuanto se le ordenaba y lo ejemplar de su vida que lo pedía, antes sí reputándose siempre inútil para estas expediciones se contentaba con quedarse guardando el fardaje y tiendas en los pueblos conversos, hasta que llegó el tiempo determinado por la oculta y sabia providencia de Dios para ir a Manoa. Lo mismo sucedió para la de Chanchamayo, la que emprendió sólo por la obediencia del P. Guardián, pues le era indiferente el estarse en la soledad o el andar en los afanes del ministerio siempre que Dios por medio de los Prelados no lo determinaban a los ejercicios de la vida activa.

Repetidas expediciones se hicieron ya al Mayro y ya a otras partes sin que jamás se mezclase ni sintiese en ir o en no ir a parte alguna teniéndose en su concepto propio por el más inútil de todos para estos negocios. Sólo cuando fue a Manoa les propuso a los Prelados lo movido que se hallaba interiormente para entrar no tanto por ir cuanto por no malograr por su silencio los eficaces auxilios con que Dios Señor nuestro le llamaba. Tan penetrada tenían los Prelados esta ceguera a sus mandatos y dictámenes que para cuanto querían hacer o reformar en la Comunidad para su bien espiritual que siempre contaban con el cuatro ojos y no sólo para no murmurarlo, abrazarlo y defenderlo. La mismo tuvo a sus confesores a quien vivió rendido toda su vida en lo que hacía al gobierno de su alma conociendo estar al santo consejo ajeno vinculado regularmente el acierto.

La santa pobreza, patrimonio y herencia la más apreciable de la religión seráfica, fue la posesión de su alma. Amóla toda su vida entrañablemente no sólo con el afecto sino en el efecto,

contentándose siempre con lo más grosero. Aun de las libertades que da la regla para hacer dos túnicas no quería usar en los últimos años de su vida; pues por lo regular siempre anduvo con un hábito solo desde que fue a Manoa hasta que murió, que fueron como unos dieciocho años, no se olvidó del consejo de nuestro Padre S. Francisco que sus hijos puedan remendar sus vestiduras de sacos y de otras piezas con la bendición de Dios; lo que practicaba muchas veces. Llegó a tenerlo tan remendado y roto en Manoa que aun se le veían las carnes; llegando a tanto extremo de viejo, que la piedad de los gentiles de aquella nación se movió a hacerle una túnica de algodón, la que recibió con agradecimiento como verdadero pobre. En la comida siempre fue pobre y cuando por solo su gusto se hacía siempre era la más grosera. En los viajes siempre era su regular sustento pan y queso, aunque algunas veces solía condescender con la piedad de algunas personas que cuando salía de sus casas por su caridad le daban algunas cosas. Esto mismo practicó cuando conversor en Cajamarquilla y siempre en más de cinco años que estuvo en Manoa, donde su ordinario sustento solo un brevaje, mazamorra de maíz sin sal ni manteca, de lo que vino a perder el estómago y a cuasi nada más poder comer, porque todo le empachaba. Y así al principio cuando salió de Manoa sólo unas berzas sancochadas podía comer. Ninguna cosa más interiormente le solía turbar que los garbos en las comidas de las Comunidades, siendo así que por naturaleza era generoso; fuelo mientras fue Prelado con los religiosos en cuanto le pareció lícito y conforme llevado de la máxima que donde hay abundancia hay observancia; intentando evitar por este medio los tropiezos de la propiedad y quebrantamiento de la regla en sus frailes.

El amor a ella le hacían romper algunas veces en algunas razones con que confundían a los menos mortificados y observantes. Un día porque cierto religioso envió estando en las Conversiones por un poco de aceite y vinagre para unas ensaladas en los días de ayuno, o para condimentar la comida cuando se le ofreciese, apenas lo vio cuando con la mayor seriedad le dijo: Aquí no hemos venido a saciar apetitos sino a pasar trabajos como verdaderos pobres. Otro día admirándose cierto religioso de que el claustro pequeño de Ocopa, que está próximo al refectorio, no lo hubieran cerrado ni puesto otra techumbre que cañas, arrebatado en celo le dijo: Padre mío, ni vea cerrado el claustro, ni el teoho es de otra cosa que cañas, porque los que hemos vivido en él treinta años ha, hemos sido pobres frailes e hijos de S. Francisco que no ignoramos nos dijo nuestro Padre: que las iglesias y pobrecillas moradas que para ellos son edificadas, en ninguna manera las reciban si no fueren conformes a la santa pobreza que en la Regla prometimos. Esto es lo que Dios quiere en los Conventos de los frailes franciscos.

De estos ataques no le faltarían en la vida, pues en tocando en la pobreza, o cosa que aun sólo de palabra podía dañarla, ya tenían al cuatro ojos encima confundiéndonlos con sus razones, lo que tuvo desde niño. En el uso de las cosas fue moderadísimo, por lo que en sus petacas cuando murió no se halló otra cosa que una talega de cilicios, cartas y papeles pertenecientes a las Conversiones y algunas cosillas de poquísimo precio.

La castidad, virtud celestial que hace a los hombres semejantes a los ángeles, fue el ídolo de su corazón; por cuya observancia trabajó mucho. Fue muy combatido, pero con la gra-

cia de Dios que no permite seamos tentados sobre nuestras fuerzas, salió victorioso. Nunca la quebrantó siendo religioso. Para contener los ladridos del sensual apetito, y conservarse casto como a Dios le había ofrecido, mantuvo una continua guerra con su cuerpo, mirándole como a su más cruel enemigo. Siempre trajo por lo regular cilicio continuo; las disciplinas eran frecuentes aun fuera de las comunidades para lo que buscaba los lugares retirados o los campos donde hacerlas sin los peligros de ser visto.

Su abstinencia fue mucha, pues sobre los ayunos de la regla, ayunaba los sábados a María Santísima, de quien fue muy devoto, suplicándole a la Virgen que le alcanzase auxilio de su Hijo para no quebrantarla; finalmente cuasi toda la vida fue un perpetuo ayuno sin meter en cuenta los cinco a seis años que estuvo en Manoa, que allí parece vivió. De la abstinencia en el trato con mujeres fue recatadísimo siempre, pues no ignoraba que las mujeres es más amarga que la muerte; por tanto no siendo por obediencia, caridad o cosa perteneciente a sus conversiones rara vez hablaba a ninguna. Jamás salió de aquella boca palabra que ni aun remotamente oliese a impureza ni se notó en él acción descompuesta. Por más que la malignidad le impuso la nota de pulpero cuando anduvo en la expedición de Chanchamayo; por más que al acto de su fe y religión heroica de traer en el pecho una pequeña cruz para el recuerdo del imponderable beneficio que Jesucristo nos hizo en redimirnos en ella se le atribuía a la ambición de ser obispo; por más que a lo ardiente y activo de su celo quiso alguno equivocarlo de rapidez intrépida e imprudencia; y por más que a su fortaleza en defender la causa de Dios y expedición de Chanchamayo le puso el maligno

sobrenombre de obstinación de juicio y dureza de su capricho, jamás se atrevió de atacarle de deshonesto. Finalmente llegó a ser tan ejemplar en este punto, que entre los gentiles era común el decir entre ellos: El Padre es como Dios que no peca. Contémplese a donde llegaría su recato y la pureza de vida, que tuvo en aquellas tierras, cuando hasta los más bárbaros gentiles le canonizarían con expresión como esta de llamarle: ser como Dios porque no pecaba.

CAPITULO VI

De la observancia de la Regla, Bulas Apostólicas y Constituciones del V. P. por todo el tiempo de religio.

La variedad de sendas por donde se conduce el hombre a su fin último guiado de la divina gracia se infiere bien de la multitud de mansiones que afirma la Majestad de Jesucristo tiene su Padre celestial para descanso de sus escogidos. Procuran estos conocer su santa voluntad, y apenas la perciben cuando empiezan a obrar con actividad, y a poner en ejecución los queres de su Señor. Así lo vemos en este siervo de Dios, a quien mostrándole por la fe ser voluntad suya el camino para ir a él la perfecta observancia de la Regla y Constituciones, lo empezó con fervor, prosiguió con ejemplo y acabó con perfección. ¡Oh! si los religiosos todos nos llegásemos a penetrar de esta verdad y hacer aprecio del bien que en sí la observancia encierra, cómo anhelaríamos todos a observarlas a fin de hacernos santos y amables a Dios y a los hombres.

En los ayunos de la Regla fue observantísimo, pues jamás andando a

caballo en día de ayuno lo quebrantó. Por largos que fueran los caminos, ni por penosas que fuesen las punas, siempre ayunaba, no siendo su comida regularmente en estos días sino pan y huevo.

En el andar a caballo fue ejemplar mientras pudo. En España estoy que me dijo no había montado vez alguna a caballo en cuantos viajes hizo, en las veces que lo mandaron de unos conventos a otros, y aun después de venir a América, en el primer viaje vino lo más a pie o siempre que pudo, hasta que por la experiencia conoció que lo dilatado de los caminos, los fríos de las punas, o páramos muy fríos, los efluvios y antimonios de los minerales por donde pasamos, el desabrigo de las paradas, los tránsitos tan dilatados de unas a otras; la frecuencia de los ríos, lo feble de los alimentos, a que no estamos hechos, y finalmente el estómago, que por las obstrucciones continuas que padecía le molestó mucho, se redujo a andar a caballo. No es decible cuánto padeció con el estómago, pues para una poca de maza-morra que comía tenía que andar con el sen y el ruibarbo cargado por los empachos continuos.

La plata o pecunia, enemigo capital de la Regla de S. Francisco, que ni en España ni en la América donde estuvo treinta años jamás la tocó, ni la trajo en su manga. Para observar con la mayor tenacidad este precepto, cuando andaba por los caminos a caballo, se valió de la ejemplar industria de que luego que llegaba a los pueblos donde no tenía conocidos, tomaba licencia a los señores curas si los había y tocando si no la campana a misión, a donde después de haber predicado, les pedía por el amor de Dios a los vecinos limosna de alfalfa para su mula, consiguiendo por este medio matar

con una piedra tres pájaros: mover los oyentes al santo temor de Dios e instruirlos en la divina ley que era su principal intento; el dar de comer a su mula para no perder a otro día su jornada; el guardar la Regla de S. Francisco y el experimentar la caritativa providencia de Dios que hasta para las mulas de los frailes franciscos provee de sustento cuando vamos en ella confiados mucho mejor que cuando vamos proveídos. No sólo el guardar de este modo la Regla mientras anduvo en los caminos sino que procuró principalmente mientras fue Prelado cuando le fue posible de que todos la guardaren, de que fue velador acérrimo. Para conseguirlo se valió del arbitrio de enviar donados sustitutos del síndico, cuando los religiosos iban a los viajes de conversiones o misiones para que recibiesen el dinero y guardasen lo necesario para los religiosos, todo con el fin de que los frailes no manejasen el dinero; si todos los Prelados hicieran esto y fiáramos entonces cómo nos iría mejor a todos. No seamos codiciosos ni mezquinos: fíemos a Dios y busquemos su reino y su justicia y lo demás su Majestad nos lo dará sobrado.

Al ejercicio santo de la oración mental fue muy entregado, levantándose a ella como a las tres de la mañana con que se preparaba para celebrar el tremendo sacrificio de la Misa. Tan eminente fue en ella que en los seis años que estuvo en Manoa no se quitó de la presencia de Jesús Crucificado, con la particularidad que siempre que hablaba o veía (aunque fuera de largo) algún gentil, veía con visión imaginaria caer sobre él la sangre de Jesucristo, que salía de la sangre de su sacratísimo costado. De aquí tomó un motivo y tanto se enflamó en que aquella sangre dulcísima no se malograra en aquellos miserables, que por

conseguirlo no paraba de día y noche por aprender la lengua: enseñarles la doctrina y administrar los santos sacramentos. Cuando andaba en los caminos procuraba andar en la presencia de Dios, fue amantísimo de la soledad y cuando no podía gozar del retiro por los ejercicios de la vida activa imitaba a los bencejos volando y comiendo: andando y orando poniendo en práctica el consejo del santo fundador: el misionero buen soldado y no pecar.

De la regular disciplina fue amantísimo y observantísimo de la uniformidad de la vida común; para esto hizo constituciones, orden de rúbricas y ceremonias para el coro para que por ellas se arreglase y arrojase el enfadoso y discolo, término de que así se hace en mi Provincia. Lo mismo hizo en las conversiones de Cajamarquilla cuando fue Presidente, donde etsableció la oración mental, las disciplinas y todo el tenor de vida regular de otras constituciones, como que sabía que la base fundamental de la perfección religiosa está en su observancia, sin la cual toda religión será babilonia y confusión. Finalmente su vida fue un libro animado de las Bulas Apostólicas, Regla y constituciones, donde el que le miraba leía sin trabajo de abrirlo cuanto en ellas se contienen. Dichosa criatura que así supo hacer cierta su vocación, por lo que no dudo conseguiría la corona de la gloria a un apóstol debida.

CAPITULO VII

Ardiente celo de la salvación de las almas y trabajos que padeció por conseguirlo.

Conocido por los Prelados este celo que le comía el corazón, le enviaron

a las conversiones de Cajamarquilla (recién dadas por entonces a este Colegio por la santa Provincia de los XII Apóstoles de Lima, la que siempre fue verdadera Madre del Colegio) para que allí se ocupase en mantener con su doctrina y ejemplo la fe en aquellos neófitos, lo que desempeñó con su ejemplar conducta a medida y satisfacción de lo que se había prometido. Aquí permaneció algún tiempo con una vida austerísima más angélica que humana, por la que mereció ser llamado de Dios para la conversión de la nación manóita. Propuesto a los Prelados, lo llamado de Dios que se hallaba para esta espiritual conquista y obtenida su bendición y licencia, se preparó para este penoso y peligroso camino con unos ejercicios públicos, medio que tomó para alentar a aquellos neófitos a que se alentasen a abrazar con resignación los trabajos del viaje y medio para obligar a Dios Señor nuestro se sirviese de llevar a debido efecto los deseos que le inspiraba y le diese luz para el acierto. Dispuestas todas las cosas salió de las conversiones de Cajamarquilla año de 1760, acompañado del Venerable Padre Fr. Miguel Salcedo, varios indios de la conversión de la dicha conversión, otros chapetones y una intérprete llamada Ana Rosa, a quien el Venerable y mártir del Señor, Fr. Juan Fresneda, había sacado de muy pequeña el año de 1757 en la entrada que por entonces hicieron nuestros misioneros para la reducción de esta misma nación.

Para hacer entender los trabajos que el Padre y sus compañeros padecieron en este viaje es menester tener a la mano o por pluma un manojo de agudas espinas o estacas de las innumerables que en los pies se le clavaban; un tosco báculo de los que sostenían sus fatigados y aun trémulos

cuerpos para la videncia de los trabajos; era necesario que mi tinta fuera sangre-viva de la mucha que derramaron de las heridas de aquellos apóstoles que evangelizaron la paz; o un arroyo de sudor del que corría de sus fatigados cuerpos; era necesario que mis expresiones fueran ayes; un Dios me asista, un sea por el amor de Jesús y su dulcísima sangre que servía de desahogo a su dolor, al golpe de las frecuentes caídas o un ángel sin que sobrase nada para decirnos. Tan despiadadas fueron las fatigas, tan inexplicables los cansancios y tan peligrosos y continuos los peligros de morir a fuerza de los riesgos que sólo Dios puede saberlos.

Para que no se tenga por paradoja hiperbólica mi decir, paso a dar las señas del camino, que su simple narración sola creo baste para conocer la verdad genuina y pura que refiero. Es esta una montaña despoblada y tan poblada de árboles tan eminentes que rara vez se ve el sol. Tan cerrada y entretegida de vejucos espinosos, zarzas y otras malezas que apenas se puede dar paso sino a golpe y a fuerza del machete; sin que esta diligencia pueda evitar el que se reciban muchas espinas, heridas de estacas, golpes de caídas y aun peligro de ahorcarse con los vejucos que se enredan. Compónese de eminentísimos cerros, profundísimas quebradas, peligrosísimas laderas, precipitados ríos, rápidos arroyones y pocas pampas o llanuras; pues aunque haya algunas, tenían que huir de ellas por los pantanos o ciénagas molestísimos que hay en ellas. En estos cerros hay cuestras tan dilatadas que no las podían subir o montar en dos días en las que padecieron gravísimas sedes y fatigas intolerables, a cuya penalidad hubieran perecido a no haberlos Dios conservado con su oculta providencia.

No está en esto lo peor sino que hay repetidos repechones tan perpendiculares y derechos que les causaban fatigas mortales y falta de aliento al subirlos; son muchos de ellos tan perpendiculares y arriesgados que a no haber la providencia divina varios vejucos y raíces de que podían asirse, se hubieran visto en un continuado precipicio y del todo imposibilitados al tránsito. Hacíaseles más trabajoso el que muchos de los vejucos eran espinosos, o estaban vestidos de espinas venenosas y como no siempre había elección de otro, tenían que asirse de él, teniendo a menos mal el pasarse las manos con las espinas que caer despeñados o precipitados al río. Esto les acontecía muy frecuentemente sin que dejase de haber paso en que se alegraban de tener uno de ellos, porque hallaron pasos de peñas peladas, de rumbos y tierra suelta, en donde por falta de ellos daban formidables y repetidas caídas; no obstante que se ayudaban los unos a los otros, asiéndose los unos a los otros o sirviéndose de los hombros para estribos.

No menos trabajosas les eran las bajadas, pues aunque en ellas no experimentaban aquellas fatigas de los repechos, les causaban mayores molestias o dolores en las piernas, muslos y recalco de rodillas, por lo que acontecía llegar más cansados a las pascanas por la noche cuando bajaban que cuando subían; en ellas se experimentaban mayores peligros de precipitarse y más frecuentes las caídas. Muchas veces bajaban descolgándose de vejuco en vejuco, cuando más afianzándose en el talón, o en el dedo mayor del pie con la precaución de no llegar abajo por no caer en el precipicio; y siempre con el recelo de que si se quebraba el vejuco daban una caída mortal o muertos caían al río. Como son tan perpendiculares las

cuestas sucedía algunas veces escurrirse el pie y caer sin poderse detener, sino a costa de un fatal golpe contra un árbol, ocurriendo ser este unas palmas que tienen las espinas como lancetas, con lo que se hallaban sobre golpeados pasados de ellas en manos, brazos, rostro y cabeza y el lado que a ella caía. Y se daba gracias a Dios por no haber caído al río despedazados.

Las laderas, que parece habían de ser más propicias, les eran más molestas que las subidas y bajadas. Corren éstas como dicta la experiencia por lo regular por las márgenes de los ríos perpendiculares y por tanto el monte en ellas está más enmarañado, más lleno de zarzas, vejucos espinosos y otras malezas; es montaña más quebrada y llena de peñolería; más continuos los repechones, aunque no tan elevados: saltos arriesgados y derrumbes peligrosos: y tiene muchos trechos de tierra suelta y movedizas piedras.

Con tanto temor y riesgo caminaban por estos parajes que tenían que ir en realidad con el credo en la boca, porque si resbalaba la tierra o la piedra, al río sin remedio. Hasta ellos mismos cada cual se era un peligro; pues como no era camino seguido, cada cual iba por donde podía; de lo que se seguía que si los que iban por arriba, por acaso hacían caer alguna piedra venía sobre los que caminaban por abajo con peligro de matarlos. Finalmente en estas laderas había sitios donde ni tierra hallaban donde poner los pies, sino en ramada de raíces y vejucos, que si alguno se descuidaba y metía el pie en algún agujero sacaba la pierna desollada y en peligro de quebrársela se veía.

Los arroyones por donde se pasó son unos ríos innavegables, no por

falta de agua sino por la mucha abundancia de piedras que hay en ellos. Los trabajos que aquí sufrió el Venerable Padre con sus compañeros fueron sobremayores que los dichos. Caminaban por ellos a veces los tres y cuatro días con el agua a la rodilla, a la cintura, a los pechos, encontrándose a veces pozos en que no podía fijarse el pie: unas veces caminaban agua arriba batallando con la fuerza de las corrientes, otras agua abajo precipitadamente impelidos de las corrientes: otras cruzando de una banda a otra; muchas saltando de piedra en piedra, las que estando resbaladizas por mojadas daban caídas con golpes en las espinillas o en otras partes del cuerpo: y siempre bañados y mojados de sudor sin poder mudarse ropa por ser inevitable continuar metidos en el agua.

Ilegaban a las posadas o pascanas en las que no había otro techo para abrigo que el cielo, donde se mudaban la túnica, o enjuta o mojada como estaba, y la otra la ponían a la candela, que se enjugase para caminar al otro día. Sobre toda ponderación son los trabajos que padecieron en estos arroyones no sólo por lo dicho, sino por los ardores intensos del sol. En las subidas, en las bajadas y en las laderas tenían entre tanta fatiga el alivio de la sombra de los árboles y el de sentarse algún rato a descansar, pero en los arroyones ni había sombra, ni dónde sentarse a descansar, sino que era preciso no sentarse, sino caminar abrasándose vivos, por lo sumamente ardientes que son los rayos del sol en aquella montaña.

De este ardor del sol inevitable les resultaba dolores intensos de cabeza, fluxiones de ojos y dolores de muelas: de modo que cuando salían de un arroyón para entrar en un cerro era como

quien sale del purgatorio para entrar en el paraíso. Este es un breve diseño de los trabajos que en su cuerpo paquien sale del purgatorio para entrar en la conversión de Manoa ocasionado solo de lo fragoso y áspero del camino.

Veamos los que padeció de parte de los animales fieros y venenosos de los que están pobladas aquellas incultas breñas y fragosos bosques. Hay osos formidables que tienen caminos como si fueran de gente en algunas partes, y aunque le daban este alivio para caminar lo recompensaba el continuo susto de caer de improviso en las garras de este animal y ser víctima de su fiereza sin remedio ni socorro alguno. No menos era el temor de los tigres, fiera tan traidora como todos saben. Para defenderse de ella tenían que hacer de noche grandes candela-das, que son lo que les ahuyenta y quedarse algunos en centinela, para avisar en caso de algún acometimiento; tal es la tenacidad de este animal en aquellas partes, que los seguían por cuatro o cinco días buscando ocasión para envestirles.

No menos les hacían temblar las culebras, víboras, caimanes y rayas, animal traidor que ocultándose debajo de la arena, apenas siente el pie del caminante cuando pica, siendo tan peligrosa su mordedura que, si no se acude pronto con remedio (que es un corazón de ajo puesto a la herida), peligra el mordido en la vida.

Las avispas, que son innumerables para la mucha avispera, apenas llegaban a los árboles cuando acudían con sus agujones a clavarles, sin tener otro alivio que abofetearse, correr si iban cuesta arriba, precipitarse si iban cuesta abajo, o arrojarle a los ríos, metiéndose debajo del agua la cabeza para librarse de ellas.

Los mosquitos, zancudos y demás especies tanto era lo que les molestaban que de noche no les dejaban dormir, ni de día sosegar, de modo que llegaban fatigados del camino de todo el día, y a la noche se rendían más por no dormir un instante, por causa de sus zumbidos y picaduras.

Finalmente hay otras que llaman soldados, porque siempre van acordonadas. Tales suelen ser los cordones que ocupan tres o cuatro cuadras, y si daban con los hormigueros en una cuesta arriba, como no había otro camino, tenían que correr, los que ni aun podían andar pasando por medio de ellos hasta concluirlos, que pasaban para quitarse las que se les habían quedado en los pies y piernas clavadas.

Sobre las plagas dichas concurrieron a hacerles trabajoso el camino las garrapatas o ladillas. Son estas de dos especies: una las conocidas y otras más pequeñas como piques, de la que hay muchísimas. Tan desmedido era su número que cuando llegaban a las pascanas, la primera diligencia era coger un cuchillo, o un machete, y raerse las que traían en las piernas. Otros les aplicaban en el fuego para que se quemasen teniendo a menor mal sufrir sus ardores que el ardor que les causaban estos animales.

Estos fueron los cansancios, los sustos, los temores y trabajos que padecieron nuestro Venerable Padre con todos sus compañeros en el viaje de Manoa. Movidos del celo de la salvación de las almas, sirviéndoles de regular sustento una poca de harina de maíz o una mazamorra sin sal ni manteca, algunos palmitos o algunos pedazos de mono de los que cazaban los indios. Con este pobre viático o grosero sustento llegaron a Manoa nuestros Misioneros, teatro donde la

divina Providencia les tenía prevenidos muchos más trabajos, para aumento de sus méritos. ¡Oh! dichosos trabajos que tanta gloria les habéis conseguido a todos en el cielo.

CAPITULO VIII

Llega el Venerable Padre a las tierras de Manoa, sucesos de su llegada, y recibimiento de los gentiles en los primeros días.

Lucifer, cuya inmortal envidia y aborrecimiento que al hombre tiene, le empeña para que con todos sus esfuerzos solicite su perdición; viendo que la empresa a que anhelaba el Venerable siervo del Señor era en todo contraria a los malignos designios de su soberbia, temeroso del daño que se le iba a seguir, mostró su sentimiento en destallidos que ocupando la región del aire, percibieron todos. Llegó el Venerable Padre con sus compañeros a las tierras de Manoa con felicidad, aunque con los indecibles trabajos que dejó referidos y en ellas al desembo-cadero del río Santa Rosa, en el de Manoa, vísperas de los Príncipes de la Iglesia, San Pedro y San Pablo. En este sitio se detuvieron dos días para preparar la gente con los santos sacramentos de comunión y penitencia y disponerlos a la muerte si llegase el lance de ella. Hicieron todos y habiendo acabado de comulgar toda la gente y estando para marchar al día siguiente, sintieron todos contiguamente a ellos un trueno, o estrépito tan formidable y repentino como si fuera un pedrero cargado de metralla. Causó este ruido en los nuestros notable admiración y buscando la causa no la hallaron; pues los nuestros no dispararon nadie como tocó y vio el Vene-

rable Padre por el registro que hizo de las armas: ni los gentiles de aquellas tierras tienen armas de fuego para atribuirlo a ellos; ni de algún español se halló rastro o indicio que hubiese por aquellas partes, por lo que quedaron del todo persuadidos que había sido el enemigo del género humano, que no habiendo podido impedir llegasen a aquellas tierras los misioneros, empezó a sentir la destrucción de su imperio en aquella nación y a mostrar su sentimiento en horribles estallidos.

Apenas se persuadieron que era el demonio quien lo había causado, cuando tomando motivo de ellos el Venerable Padre les hizo una fervorosa plática alentándolos a guerra contra el infierno. Tan eficaces fueron sus razones y tan penetrantes sus palabras animadas de aquel celo de apóstol de que Dios le dotó, que fervorizó tanto a los indios que el más cobarde parecía un esforzado soldado o un hombre todo apostólico pronto a dar la vida por Jesucristo, si llegara el tiempo de hacerlo.

Con alentado espíritu y lleno de fervor salió este pobre ejército de Jesucristo para el pueblo de Yapati, donde Ana Rosa y los demás juzgaron hallarían a los gentiles manojos; en dos días pensaron llegar allá, pero tardaron siete, en los que pasaron gravísimos trabajos por haberse perdido varias veces. Llegaron en fin al sitio citado donde antes había estado, pero lo hallaron arruinado, sin vestigio de gentes.

Las chacras llenas de monte y con señales de faltar más de dos años allí los moradores. No es decible el dolor del Venerable Padre al ver malogradas sus ansias o no logrados sus deseos. Aumentaba esta pena el no saber qué rumbo tomar por ignorar el que

habrían tomado los gentiles: el que los bastimentos para la gente se iban acabando: que su compañero se hallaba con unas ardentísimas calenturas, casi imposibilitado del todo de caminar: y el Venerable Padre llenas todas las piernas de llagas por las muchas estacas y espinas que se le habían clavado en aquellos pies que evangelizan la paz.

En tanta tribulación y pena se hallaba cuando recurrió a la oración confiado en aquel Señor que consuela a los afligidos pidiendo a su Majestad el socorro de la necesidad en que se veían. No le salieron fallidas sus esperanzas, pues aquel Señor que es el consuelo de los afligidos, le envió pronto el consuelo por el medio que refiero: salieron unos indios a buscar rastros o a ver si encontraban camino, y a breve rato encontraron indicios o vestigios de dos canoas que poco hacía habían pasado por aquel sitio. Cerciorólos más de esta verdad el que los gentiles habían dejado plátanos verdes para hallarlos maduros a su regreso. Trajéronle la noticia al Venerable Padre, la que le llenó de júbilo su alma, pues con ella aún esperaba hallar gentiles y convertirlos, que era lo que le comía el corazón a la violencia del amor que tenía se lograse la sangre de Cristo en sus prójimos. Para lograr los fines, tomaron los medios de esperar las canoas haciendo dos emboscadas a las dos bandas del río, para que luego se enfrentasen con ellas, saliera Ana Rosa a hablar a sus paisanos y darles noticias de nosotros.

Día ocho de julio por la tarde, que celebraban la fiesta de Santa Isabel Reina de Portugal, se vio pasar una canoa en que venían dos gentiles y no hallando pronta a Ana Rosa para que saliera a hablarlos, salieron los indios nuestros a detenerlos. En vano

fue esta diligencia porque los bárbaros luego que los vieron desampararon la embarcación y se huyeron al monte disparando uno de ellos una flecha con la que hubiera muerto a uno de los nuestros a no haber sido por el defensivo del escopetill. El ver el Venerable Padre malograda esta ocasión que tanto había deseado y que tantos trabajos le había costado, era un porro para su alma y cuchillo a su atribulado espíritu las lágrimas de la neófita Ana Rosa por no haber estado allí al tiempo que llegaron sus parientes en la canoa.

Pronto se acabó esta pena, pues a breve rato fue Dios servido viniesen dos hombres y dos mujeres en la otra canoa. Apenas se enfrentaron con los nuestros, salió Ana Rosa sola a hablarles, quedando los demás de los nuestros ocultos en el monte, encomendando a Dios la felicidad de la expedición y poniendo a Santa Isabel por intercesora, a quien ofrecieron para perpetua memoria llamar a aquel río de Santa Isabel. Exhortó la neófita a sus parientes con tal fervor como pudiera haberlo hecho el más eficaz y activo misionero para que los hablaste; pero los encontró obstinados para hacerlo. Estuvieron en esta porfía y persuasión largo rato y al fin convinieron en ello. Llamados más, apenas se presentaron los nuestros, cuando las dos mujeres y un hombre huyeron al monte como si fueran unas fieras. Sólo quedó uno llamado Rungato, a quien la Ana Rosa cogió tan fuertemente de los vestidos que ni le dejó ir ni tirar flecha alguna, a pesar de su valor que no era poco hasta que llegaron los nuestros.

Apenas los llamó Ana Rosa y todos se arrojaron al río vestidos y calzados, ansioso cada cual de ser el primero de abrazar a Rungato (así se llamaba el

gentil) como que en ello tenía el premio de todos sus pasados trabajos o como que con ello se daban por pagados.

Llevaronlo al rancho a donde le regalaron con lo que pudieron. Apenas se desahogó del primer susto o sobresalto cuando empezó a hablar con Ana Rosa de los trabajos que había padecido su nación en el tiempo de su ausencia. Entre otras cosas le dijo una y fue que por la persecución de sus enemigos vivían prófugos sin pueblo, sin comidas y muchos de ellos desnudos por falta de algodón para vestirse. Valióse el Venerable Padre de esta noticia, le dijo que ya podía consolarse él y los demás, que recibiendoles en amistad les darían hacchas y herramientas para labrar sus chacras y salir de todas las miserias en que se hallaban.

Luego que amaneció el día despacharon a Rungato bien regalado de herramientas y chaquiras a que diera noticias a sus parientes y paisanos de la pacífica venida a aquellas tierras. Salió lleno de gozo del rancho, pero en el camino encontró a todos sus parientes que venían hechos unas fieras a matarlos, ocasionado de que uno de ellos que se escapó fue mintiendo y diciendo que ya habían muerto a su compañero, que él había escapado con algunos golpes, debiendo a la ligereza de sus pies el no haber muerto como ellos. Venían tan enfurecidos con esta falsa noticia que le costó mucho a Rungato el pacificarlos y contenerlos. Convenciéronse con la verdad de los hechos y se vino con ellos a visitarlos.

Llegó Rungato al día siguiente por la mañana a Yapati con la noticia de que allí venían sus parientes. Salieron a recibirlos a la playa los que venían

por río arriba armados de arco y flecha, los rostros de achiote y otro diversos tintes y algunos con plumajes en las cabezas, a excepción de Run-gato, que venía sin tintes ni pintura alguna en prueba de su amistad pactada. Luego que divisaron a los nuestros empezaron a gritar: *amico, amico*, correspondieron los nuestros con las voces: *amico, amico* y llegándose los unos a los otros se empezaron a abrazar con recíprocos abrazos y con extraordinario júbilo de todos, que sólo en el cielo tendrían igual al que en aquella ocasión tuvieron. Entonaron el *Te Deum laudamus*: y todos procesionalmente fueron a una capilla de palmas que por orden del Venerable Padre habían fabricado los nuestros y donde tenían colocada una imagen de María Santísima, que adoraron todos así cristianos como gentiles. Concluida la adoración los convidó el curaca mayor llamado Santo Ray a comer, lo que admitieron gustosos. Partieron para el pueblo llevándolos por dentro del río (porque por entonces no les enseñaron otro camino) y habiendo caminado como dos leguas por agua y otras dos por tierra, llegaron al que se llamaba Ruaray, donde encontraron algunas mujeres que les recibieron con danzas y gritos diciendo: *amico, amico*. Llegaron todos a la casa de Santo Ray, donde les administraron la comida que aunque tan pobre como ser unos pocos plátanos sancochados y bebida de papaya, decía que jamás había comido cosa tan de su agrado. Concurrieron después a visitarlos los demás pueblos de la nación a quien dieron a adorar a nuestra Señora, que todos hicieron con gran veneración.

Entre las visitas que les hicieron no quiero omitir la narración de la que les hizo la mujer del curaca Santo Ray, a quien llamaban la señora y su nom-

bre era Mucancina. Vino ésta acompañada de doce damas que las llamaba Raybo (que aquí era llamar reina) pobrementemente vestidas o casi desnudas, pues las más de ellas no traían más vestidos que un refajito que les cubría desde la cintura a la rodilla. La señora venía vestida de camiseta negra o calzoncillos sin mangas, que la cubría hasta el medio muslo, y otra ropa interior hasta los tobillos. Traía en la cabeza un plumaje hermosísimo en forma de corona, del cual pendían tres pájaros a la espalda de varios y hermosísimos colores. Y en las manos traía un muñeco a quien llamaba *Nañanchi*. Con este adorno y acompañamiento entró en casa, y luego les pedía las manos para besárselas, lo que ejecutó ella y sus damas, haciendo antes y después ella y sus damas genuflexión. Mostráronles la imagen de María Santísima, la que adoraron con genuflexiones, ósculos y reverencias. Después les pidió a los Padres licencia para danzar, lo que hizo con sus damas con gran seriedad y modestia, cantando al mismo tiempo una letra, que no entendieron más que estas palabras, que a modo de estribillo repetían: *Espíritu Santo, Santísima Trinidad*. Concluida la danza se despidió habiéndoles regalado un poco de maní y huevos de tortuga, que en la pobreza que padecían, fue un gran regalo al que correspondió el Venerable Padre con un rico guardapies de presiana (que para este fin le había regalado la Hermana Síndica de Huailillas, Doña María Sáez), un cotón de Angaripola y una mantilla de bayeta fina, con cuyo traje salió a danzar a la plaza.

Desembarazados de estas visitas les dijeron el fin de su venida que era para hacerlos cristianos para que fuesen después de esta vida a gozar del Creador del universo en la Gloria. Todos respondieron con mucho gusto

que sí, que se harían cristianos; por lo que construyeron una capilla de palmas, bendijeron una cruz grande, que adoraron cristianos y gentiles y se celebró la primera Misa en el día del Triunfo de la Santa Cruz. Parece quiso la omnipotencia divina darles en esta vida el premio de traerla siempre en el pecho los gozos que en los días de sus festividades tuvo; pues en la víspera de la exaltación de la Santa Cruz entró en Chanchamayo, y este día celebró la primera Misa. Con esto empezó a amanecer y lucir el sol de la divina fe y santo Evangelio en aquellas tierras, que poseídas del enemigo común habían estado sentadas en las tinieblas de la gentilidad tantos siglos.

Cuánto sería el gozo del Venerable Padre al verse en la posesión de lo que tantos trabajos costó a este Colegio de Ocopa no es decible con términos humanos; baste el decir que le hizo prorrumpir como fuera de sí: *Haec requies mea in saeculum saeculi*; lo que hubiera cumplido si aquellos ingratos al amor que les tuvo y a los beneficios que de él y de los demás Padres Misioneros recibieron, no hubieran cometido el atentado de matarlos después de cinco años a todos.

CAPITULO IX

De los indecibles trabajos que padeció y particulares acaecimientos de aquellos tiempos.

Siempre fue estilo de la divina Providencia con los suyos alternar tribulaciones y consuelos, alivios y trabajos, para que acumulando merecimientos en lo que se padece, no se desfallezca con lo que se goza; y esforzados con el descanso, vuelvan así dientes a la

pelea. Gozoso se hallaba nuestro Venerable Padre con el hallazgo de sus gentiles, y tanto que con sola esta posesión tenía en nada todos los trabajos antiguos, y teniendo a su mayor felicidad el haberlos pasado cuando empezó a sufrir otros de nuevo que sufría toda la nación manoíta. Eran muchas las plagas que sufría aquella nación por temor de sus enemigos y las que inevitablemente se habían de comunicar al Venerable Padre y sus compañeros. Sólo diré algunas de las que toleró con la ayuda de Dios por el espacio de casi seis años. La primera era ocasionada del sitio donde tenían el pueblo; era éste una ciénaga o pantano tan aguanoso que muchas veces brotaba el agua en las casas y con ser tan aguanoso carecían de agua corriente, o río para bañarse, calamidad y trabajo indecible para los indios que acostumbran a estarse continuamente bañando: suplían esta falta con hacer unos pozuelos, y poniéndose al borde se echaban agua a sus cuerpos con unas ollas, de la cual agua se hallaban después obligados a cocinar o componer la comida, y a beber con indecible fastidio, no sólo por haberse lavado en ella los indios sus cuerpos, que son inmundísimos, sino también porque el agua por sí era salobre y hedionda mucho.

Contéplese qué trabajo para estómagos delicados. Sólo el suyo ardiendo en el fuego del divino amor podía digerirla sin tomar un hastío que les quitase la vida.

De los ratones o pericotes padecieron mucho, porque sobre haberlos con muchísima abundancia, eran tan ladrones y dañinos que no había comida que no la maltrataban, o robaban, sin que hubiese arbitrio alguno para impedirlo. Dio en el arbitrio de echar rescoldo o brasas sobre las ollas para

libertarlas, pero ellos aguardando que se muriesen o se convirtiesen en ceniza iban, la escarbaban, quitaban las tapas y se comían la poca y pobre comida que tenían. Muchas escaseces padecieron por ellos, pues el poco maíz que tenían y habían cogido a fuerza de trabajo y sudor de su rostro para pasar la vida, se lo comían ellos; teniendo después que ayunar y andar con mucha estrechez los misioneros.

Los grillos eran tantos que parecía plaga de langostas y tan dañadores que de ellos padecieron mucho. Se comían el techo de la casa, que era una choza de palmas y como los aguaceros eran continuos, se les mojaba la pobre comida que tenían; de modo que siempre estaban remendando el rancho y siempre roto. La ropa, las mantillas, las túnicas y los hábitos, los costales y cuanto tenían, se les destrozaban y comían. No es decible lo que por esto padecieron.

Sobre todas las plagas la que más le ejerció fue la de los mosquitos zancudos; eran estos tantos en el dicho pueblo que no les permitían ni un instante de sosiego. Ni de día ni de noche podían sentarse ni recostarse a descansar un rato; porque al punto se hallaban cercados de una nube o enjambre de ellos que les despedazaban. Para comer tenía que coger el plato o mate en una mano y con la otra sacudir y comer y siempre paseándose. Lo mismo para escribir y coser, siempre paseándose, de lo que les resultaban continuos dolores de piernas y de muslos, sin poder hallar alivio en parte alguna; si se iban a la chácara apenas movían una hierba cuando salía un enjambre de ellos que como malignas avispas, les comían las manos, pies y rostro, que los quemaban vivos. Dormir un rato sin la defensa de un toldillo era imposible; los natu-

rales como ya prácticos, todos tenían sus toldillos para dormir; pero el Venerable Padre y sus compañeros que no tenían experiencia, se fueron sin él.

Viéndose afligidos y desfallecidos por falta de sueño dio en el arbitrio de hacer unos sacos de costales viejos y retazos tan estrechos por falta de tela, que al tiempo que los defendían de los mosquitos, los sofocaban causándoles congojas y sudores mortales. El meterse en ellos para dormir era para el efecto de sudar más que entrar en unciones y así decía el Venerable Padre: puedo decir con toda verdad que ninguna de las demás plagas me mortificó tanto como ésta, pues ella fue la piedra toque de mi paciencia.

De la hambre no padecieron alguna extrema, pero sí una continuada grave. Los naturales padecían pobreza suma, pues la mayor parte del año se mantenían de frutas silvestres que buscaban por el monte. Eran sus chácaras muy pequeñas y sus sementeras tan cortas que apenas les duraban los frutos tres meses, teniendo que andar lo demás del año para mantenerse desconsolados, afligidos y vagos por los montes como brutos en busca de alimentos. La hacha con que cortaban los árboles era una piedra y el machete con que cortaban el monte y las ramas era palo de chonta (que es una palma que regularmente se cría en toda la montaña). Y si así les pasaba a los naturales, qué tal lo pasarían los huéspedes?; ningún día se le pasó sin comer ya por un poco de maíz que conservaba para los mayores aprietos en los que sin sal ni manteca hacía un brebaje o mazamorra para no morir; o ya porque algunas mujeres infieles que le querían mucho por los beneficios que de él recibían y por la santidad de vida que en él miraban, movidas de su piedad, le daban de la

carne de sagino (jabalí) que había y mataban muchos que traían sus maridos. Es cosa para alabar a Dios al principio cuando no sabía la lengua ni lo entendían, iban al rancho y le decían ya-ya (que quiere decir santo padre) y empezaban a mascar, con que le daban a entender que sí había comido, y él apretándose el vientre les daba a entender que estaba vacío; por lo que las pobres indias les socorrían con lo que tenían.

Un día fue tanto el apuro en que se vio que, al brevaje de maíz ordinario, añadió un poco de salvado que había sacado de la harina de las hostias, el que le dio tal sainete que lo consoló y confortó en tal manera como si hubiera comido un gran regalo, que no dudó sería producido de aquel principio que nuestro P. S. Francisco hacía que los mendrugos le supiesen a un gran regalo.

Padeciendo intolerantes tantas escaseces, pensaron o discurrieron (porque la hambre es muy discursiva) el hacer una huerta donde sembrar yucas y maíz para evitar no tanto la escasez porque pasaban, cuanto el no serles molestos a los infielés. Hicieron su huerta con sus manos consagradas. Al principio se les hacía duro el manejo del hacha y del machete, porque las manos se les herían y llenaban de vejigas y llagas, pero luego se les hicieron callos y se les facilitó mucho, de modo que cortaban palos como si fueran unos robustos jayanes. Aun el mismo Dios en crédito de la virtud de sus siervos y de sus infalibles promesas de que al que buscarse el reino de Dios y su justicia todas las demás cosas se le llegarían, quiso en la primera cosecha darles el premio de su trabajo. Tan patente fue esto que hasta los gentiles lo tuvieron por prodigio: de lo que resultó que uno de ellos

movido de ello les llevó una limosna del maíz y dijo: Padre, porque sois cristianos ha nacido tan pronto vuestro maíz; tomad esta limosna y pedid a Dios que a mí me dé buena cosecha.

Así miraba Dios por su siervo en tiempo de mayor escasez que padecieron dando testimonio de la certeza infalible de sus verdades. Aún más admirable fue el caso que refiero: eran muchas las enfermedades que padecían. Casi todos los del pueblo estaban plagados de llagas, herpes y posillitas que parecían leprosos: eran en ellos estas plagas como enfermedad habitual y muchos estaban con calenturas. Fueron a visitarlos y a decirles los santos Evangelios y quiso su Majestad en crédito de su Ley divina y virtud de sus ministros que todos sanasen. A vista de esto decían los gentiles que porque los Padres habían rezado sobre ellos se habían puesto buenos. Quiso su Majestad se verificase a la letra su Evangelio por las promesas que en él hizo a sus Apóstoles y predicadores evangélicos que pondrían sus manos sobre los enfermos y les iría bien o sanarían. Sea Dios bendito que así mira por los suyos cuando conviene a su mayor honra y gloria. Advierto aquí que el Venerable Padre dice por su humildad que sanaron los gentiles de tantas plagas por las comidas buenas que tuvieron después que hicieron buenas chacras, pero lo cierto es que antes que hubiera chácaras buenas ya estaban todos buenos.

CAPITULO X

Prosigue la materia del capítulo pasado.

Que los trabajos y penas del alma exceden a las del cuerpo es una ver-

dad tan constante que más debe suponerse que probarse; pues cuanto tienen las potencias de más nobles, tanto más tienen en lo espiritual de sensibles. Así aconteció con el Venerable Padre, pues no obstante lo bien que en la apariencia les habían recibido, no dejaban de dar algunas muestras de desconfiados, bastantes para que estuviesen los nuestros con recelos y sobresalto. Es esta gente por sí desconfiada de toda nación, y así el temor y continuo sobresalto de ser muertos de sus enemigos los tiene en un continuado martirio. Este temor les había obligado a fundar el pueblo en un sitio tan incómodo para ellos como el que dejó referido. Tan medrosos estaban que apenas oían tronar o cantar algunos pajarillos en que tenían supersticiones, cuando llenos de un temor pánico, que casi los sacaba de sí, empezaban a clamar y decir: ya vienen nuestros enemigos a matarnos, ya vienen nuestros enemigos a matarnos. Y teniendo a los nuestros por los mayores por las muertes que habían ocurrido el año 1757 en la entrada que habían hecho nuestros Misioneros, en la que sacaron a Ana Rosa y a un hermanito suyo, contémplese qué seguridad tendrían ni a dónde llegarían las penas del Venerable Padre.

Para percibir las era necesario conocer la viveza de su genio, estimulada de la penetrativa de su entendimiento todo lince en el discurrir. Aumentaban más sus aflicciones el que en los primeros días los gentiles no dejaban las armas de las manos de día ni de noche, pasándola toda en centinela delante del rancho del Venerable Padre y comiendo ají o pimiento fuerte por vivir persuadidos que esto les da fuerzas para pelear. Sólo Dios puede saber cuánto padeció por esto; contemplando no que a él

le podían dar la muerte, que esto era lo que menos temía, sino el que le matasen (a) los indios de la conversión de Cajamarquilla que tenía en compañía y quedaran sus hijos huérfanos y sus mujeres viudas.

A vista de este recelo y ninguna seguridad que podían prometerse, echaron a discurrir medios varios para ver si podían sosegarlos o entrarles por los ojos la buena intención que los nuestros tenían en su pecho, los rectos fines con que habían venido a sus tierras, que no eran otros sino la salvación de sus almas. Para persuadirlos a esto discurrieron ser él único el sacar algunos de ellos a tierras de cristianos, para que con la experiencia del buen trato y agasajo que experimentarían entre los nuestros, afuera se les quitara el recelo. Se lo propusieron y convinieron en ello. Salíó con ocho de ellos el P. Salcedo, compañero del Venerable Padre. Llegaron unos a los pueblos de conversiones de Cajamarquilla y otros al hospicio de Huailillas. Este, que fue medio seguro para que se cerciorasen de la buena intención que tenían los nuestros y de los santos fines con que habían ido los Padres a vivir entre ellos, fue para el Venerable Padre de un prolongado martirio; ya por quedarse sin compañero, que para un sacerdote y compañero obligado a celebrar el tremendo sacrificio de la Misa y aun a morir sin confesión, es un trabajo que sólo lo podrá ponderar un sacerdote que tenga temor de Dios; ya porque se quedó sin intérprete, porque Ana Rosa fue necesario saliese a serlo de sus parientes, quedándose como una estatua entre los gentiles, ya porque la ausencia de los indios fue tan dilatada que duró en algunos cuasi un año y los que menos gastaron cinco meses.

En todo este tiempo no cesaban los del pueblo de hacerle preguntas sospechosas sobre cuándo sería la venida de los suyos; juzgando que les habrían quitado las vidas o no les dejarían volver. Cada palabra de estas preguntas era un dardo que atravesaba su corazón. Tan recelosos estaban que, habiendo ido los indios de la conversión de Cajamarquilla a llevarles algún socorro, los salían a recibir con las armas en las manos diciendo: *naguara bueay, naguara bueay*, que quiere decir en nuestro castellano: los enemigos vienen, los enemigos vienen. No paró en esto la ocasión de su pena, sino que le ocurrió mayor en los primeros del mes de marzo, en que le llegaron cartas noticiándole en ellas que tres de los ocho indios que salieron habían muerto y que otros estaban enfermos. Apenas dio la noticia en el pueblo, cuando empezaron a sospechar que los habrían dado veneno, por lo que intentaron quitar la vida a los nuestros; lo que hubieran ejecutado a no haber avisado al Venerable Padre una mujer aunque gentil, con cuya noticia procuró aquietarlos con la promesa de que pronto vendrían los que habían quedado vivos y les dirían la verdad de todo.

Aún más allá llegó la pena del Venerable Padre (pues cuando Dios da en atribular o permitir tribulaciones al justo no suelen ser pocas, aunque siempre sean para su mayor mérito). Apenas llegaron las cartas cuando se encendió en el pueblo una peste tan general que apenas hubo uno que no la padeciese, de la que murieron muchos. Dieron en el frenesí de que los indios de Cajamarquilla habían traído la peste junto con las cartas, cosa que le causó la mayor pena y dolor. En medio de esta locura y desatino no dio Dios permiso o lugar para que rehu-

saran recibir el santo bautismo, antes sí lo recibieron todos cuantos murieron con gran devoción y ternura, aquel que les llevó aquella limosna de maíz en tiempo que estaban tan necesitados a quien le puso Antonio, que en medio de tanto padecer quiso Dios darle este consuelo.

Los trabajos que padeció con esta peste no son decibles, pues los indios se hallaban repartidos en dos pueblos distantes el uno del otro más de cuatro leguas. El tiempo era el mes de marzo en que son mayores y más frecuentes las lluvias en aquella montaña; por cuya causa el camino estaba hecho una ciénaga o pantano en unas partes y en otras una laguna. Hallábase el Venerable Padre en la ocasión con la cabeza llena de lepra y llagas, con una apostema grande en el pescuezo y los más días con calentura. De tanto mal como se hallaba cargado parece que se había de rendir a la cama y permitir algún descanso a su fatigado, mortificado y enfermo cuerpo, pero no fue así, sino que agitado de los ardores e impulsos de su celo andaba continuamente de un pueblo a otro a pie, descalzo de pie y pierna y sin sandalias por no admitirlo el camino; dándose muchos tropezones, clavándose muchas espinas, atravesándose estacas que le dieron mucho que padecer, en especial una, cruzando ciénagas, pasando atoladeros atravesando arroyones y cruzando dos veces en cada viaje el río Yapati o de Santa Isabel, con peligro de que se lo llevara el río. Nada de esto le detenía, urgido como otro San Pablo de la caridad de Dios por ganar para Jesucristo a sus hermanos y que se lograra en ellos el inestimable beneficio de la redención mediante el sacramento del santo bautismo que les administraba. Tanto era el júbilo de su alma que no cesaba de darle gracias a Dios porque le había dado

fuerzas y auxilios para tolerar, pues sin ser muy especiales no era posible el que hubiera podido sufrirlos sin haber perdido la vida. En tantos trabajos se hallaban cuando Dios nuestro Señor fue servido se templasen algo, porque los indios viendo la peste que entre ellos se había encendido y persuadidos por el Padre que provenía del sitio cenagoso en que estaba el pueblo, determinaron pasarse a otro sitio donde consiguieron la salud, tenían que comer al menos maíz y se libertaron de aquella plaga de mosquitos zancudos que es en toda la Montaña por lo regular el ejercicio de todos los Misioneros.

CAPITULO XI

De los errores en que nuestro común enemigo tenía a aquellos indios al tiempo de su reducción y los medios que tomó para sacarlos de ellos.

Cuando Dios alza la mano de sus criaturas vienen a dar de abismo en abismo en el profundo de los males cual es la idolatría. No les concede a todos (oh juicios incomprensibles de Dios) aquel imponderable beneficio que por sólo su misericordia sin ningunos méritos nuestros, nos hizo de traernos a su Iglesia, pero en todos infunde aquella luz de su lumbre según el testimonio de David: *signasti super nos vultum tuum, Domine*; con la que si se dispusieran cooperando hallarían la causa y principio de su ser.

Bien lejos de dar con él estaban los de la nación seteba o manoita cuando llegó a ella el Venerable Padre, porque ciega con la multitud de culpas personales los había dejado caer en varios errores que los despeñaban en lo profundo de la perdición eterna.

Creían que había Dios que castigaba a los malos y premiaba a los buenos. Tenían noticia de María Santísima, pero erraban en atribuirle el poder que Dios tiene por esencia, creyendo que esta divina Madre era la Creadora del Universo. Fue increíble el trabajo que le costó al sacerdote el sacarlos de este error. Aconteció un día que estando instruyendo a una en el artículo de la muerte para bautizarla y diciéndola que Dios creó el cielo y la tierra y los hombres y todas las cosas, le replicó una gentil: Padre, Dios creó a los españoles, pero a nosotros la Virgen que es nuestra Madre. Díjoles: Dios nos creó a todos, a los españoles y a los indios y a la misma Virgen. Dime, Padre, replicó alterada, ¿cómo dices y nos enseñas en el Ave María a decir: Santa María, Madre de Dios?, pues si la Virgen es Madre de Dios, ¿cómo la ha de haber criado?, el hijo no pudo haber criado a la Madre. La madre si crió a su hijo. La Virgen crió a Dios y no Dios a la Virgen. Respondióle haciendo la distinción de las dos naturalezas, divina y humana, explicándole el misterio de la encarnación, en qué sentido era Madre de Dios y en cuál era criada por su Majestad, con lo que quedó convencida y después tuvo la dicha de morir cristiana. No es decible la devoción que aquellos cristianos tenían a la Virgen; si por los cantos de algunos pajarillos en que tenían superstición sospechaban que venían sus enemigos a matarlos, exclamaban: Virgen, Virgen; si tronaba: Virgen, Virgen; si en enfermedades: Virgen, Virgen; en fin, para todo miraban a esta Señora como auxilio único de sus necesidades.

Además de Dios y la Virgen, creían que en el cielo había otro sujeto a quien llamaban Ray o Rey, quien decían estaba allá donde nace el sol y

a quien sólo pudo averiguar de una mujer le daban el cargo de darle las niñas de los ojos en muriendo. A la Santa Cruz tenían gran veneración y la colocaban en caminos, calles y plazas. Tenían también en sus casas un muñeco llamado *Yayanchic*, que en lengua general quiere decir Nuestro Padre, y, aunque ellos ignoraban el significado, no hay duda que lo tenían por cosa santa (pues aunque al principio creyó por habérselo dicho así la intérprete), que sólo usaban de él sin otro respeto del que lo usan las niñas en España; luego entendió que usaban de él por acto de religión. A la luna daban también alguna adoración. Apenas nacía la luna nueva, cuando todos hacían mil besamanos y le decían: dile a tu mujer que nos envíe saginos, que nos envíe salud y todo lo necesario.

Preguntóles en una ocasión que quién era la mujer de la luna, a lo que respondían que no lo sabían. Desengañábalos diciendo que la luna no era hombre ni mujer ni podía dar salud ni saginos (que son los jabalíes o puercos de monte) ni cosa alguna, pues sólo era una luz que Dios había puesto en el firmamento para alumbrarnos. Respondíanle: así es, mi Padre. Pero a la siguiente luna volvían con sus besamanos y ceremonias.

Creían que su nación se llamaba seteba por alusión a los gallinazos de aquella tierra, de quien estaban persuadidos descendían; otros que descendían de loros, otros de papagayos, otros de tigres, sobre lo que tenían errores.

No padecían menos error en su gobierno político, pues los gobernaba una mujer. Esta era la señora Mucancina, mujer del curaca Sotoray, de quien ya hablé en la visita que les hizo

al tercer día de su llegada a aquellas tierras. Esta mujer era el cura y corregidor de esta nación; porque ella bautizaba, confesaba, casaba y ordenaba todas las demás cosas pertenecientes a su falsa religión y gobierno o desgobierno civil y político. Era una grande embustera y ellos tan simples que por más que sus profecías le salían falsas, lo mismo después la creían. Fingía que Dios le hablaba en sueños y la revelaba que en tal parte había saginos y lo más era falso siendo por casualidad el acertar. Su bautismo era con agua de limón con el que quiso bautizar al Padre. No lo pudo conseguir, pues le dijo que él se llamaba Francisco y que no quería su bautismo, sin reparar en disgustarlos. La confesión la hacían en un día de borrachera en esta forma: se sentaba en un toldo de los que tenían para dormir y allí iban entrando los penitentes y le decían sus pecados y ella decía que los exhortaba no pecasen más. Los matrimonios los hacían antes que los contrayentes tuviesen uso de razón.

Se juntaban los padres de los niños delante de la señora y hacían los tratados y cada uno se llevaba a su hijo o hija a su casa. Después dormían juntos las noches que los padres querían, pero siempre el niño le llamaba a la niña su mujer y al contrario. En esta separación vivían hasta tener un niño, el cual habido se juntaban del todo. Si había algún disgusto antes de tener algún hijo les era libre el apartarse el uno del otro y tomar el varón otra mujer y la mujer otro marido. Algunos tenían dos mujeres, que eran o dos hermanas o madre e hija. También tenían la costumbre judaica de tomar por segunda mujer a la mujer de su hermano difunto, lo que tenían por ley tan inviolable que aunque estuvieran casados la recibían por segunda mujer; todo lo cual se hacía

con consentimiento de la señora Mucancina. Fue providencia de Dios que aquella mujer no se opuso a los Padres, que de haberlo hecho, antes les hubieran quitado la vida. No fue así, sino que desde luego se mostró afectada a recibir la ley. Fue la que más asistió a la doctrina, la que más remedió a los Padres en sus necesidades y por lo que creo Dios le concedió muriese cristiana con el nombre de María Antonia, pues murió desengañada de sus errores a las 24 horas de bautizada.

Tenían alguna noticia del diluvio, pero mezclada con varios errores; de todo procuraba sacarlos mediante la doctrina cristiana que compuso, por cuyo medio los iban dejando y creyendo las cosas como eran en sí y en verdadero sentido católico, cuando Dios permitió cayesen en aquella tentación de matarlos a todos.

CAPITULO XII

Nuevos trabajos que emprende el Venerable Padre y sus compañeros por la reducción de las naciones sipiba, coniba y pira.

No hay cosa que más informe de las firmezas del amor que las obras, aquella inquietud continua que tiene un corazón vivamente enamorado, que por obrar en obsequio del amado, pruebas de las finezas de su amor. Así aconteció con nuestro Venerable Padre y sus compañeros, quienes abrasados en llamas del amor divino no podían sosegar sin procurar más y más las glorias de su dulce amor crucificado. En posesión (el venerable Padre y sus compañeros) se hallaban del pueblo de San Francisco

de Manoa, plantando las verdades infalibles de nuestra católica religión y desterrando los errores que en aquellos infelices indios había propagado nuestro común enemigo, cuando pareciéndoles poco obrar esto por Jesucristo, a quien amaban, intentaron la reducción de las naciones sipiba, coniba y pira, sitas en la gran pampa del Sacramento y márgenes del famoso río Ucayali.

Varias veces lo intentaron, pero tal era el odio que los de Manoa tenían con los sipibos por las guerras antiguas que con ellos habían tenido, que lo mismo era los Padres de amistarlos con los sipibos, cuando llenos de furia respondían: que de los sipibo sólo querían cortarles las cabezas y robarles mujeres, con otras barbaridades semejantes. Por esta causa en cuatro años no pudieron proseguir adelante en la reducción de sipibos y las demás naciones habitantes en aquella montaña, hasta que Dios usando de su misericordia y dándose por entendido y obligado de las frecuentes oraciones de sus siervos por esta necesidad de sus prójimos, mudó el corazón de fiera de aquellos indios, de tal modo que no sólo perdonaron a sus enemigos, sino que los buscaron, los trajeron a su pueblo, los regalaron y festejaron con aquel amor y cariño que pudiera hacerlo un hermano con otro hermano más querido.

Entraron en Manoa cinco indios de la nación sipiba, donde los recibieron el Venerable mártir de Jesucristo Fr. Juan de Dios Fresneda y el Venerable Padre Francisco con particulares muestras de cariño. No es decible el gozo de sus almas al verse con este nuevo hallazgo más apreciable de su corazón que los tesoros corruptibles del mundo. Regalaronlos en cuanto pudieron y hablando con ellos les ma-

nifestaron los particulares deseos que tenían de ir a sus tierras para hacerlos cristianos, a fin de que fuesen a gozar por toda la eternidad del Creador del universo allá en el cielo. Conviniere en ello y en llevarse en su compañía al Venerable Padre Fresneda, lo que pusieron en ejecución para que los hiciera cristianos.

Llegó el Padre a la nación de los sipibos donde fue recibido de toda la nación con general aplauso y universal regocijo por la dicha que concebían en ser cristianos y el bien que tendrían sus almas recibiendo el santo bautismo. Residía esta nación en las márgenes de los ríos Pisqui, Achani y otros sitios, sin pueblo, dispersa en rancherías distantes unas de otras 6 y 8 días de camino; viendo el Venerable Padre la imposibilidad de poderlos enseñar la doctrina estando tan dispersos, los exhortó a que se congregasen en uno solo. Lo prometieron, pero no lo ejecutaron; lo más que se consiguió fue que se redujesen a tres pueblos o se congregasen en ellos, que fueron Santo Domingo de Pisquis, Santa Bárbara de Achani y Santa Cruz de Juantía y otro que se esperaba luego que llegasen religiosos. Tendrá esta nación como 1,000 almas y algo más.

Reducida la nación sipiba a recibir el Santo Evangelio, no se dieron por satisfechos nuestros misioneros, sino que ardiendo en conatos de dilatar la fe y dar a conocer el nombre de Dios a todo el mundo, determinó el Venerable Padre Fresneda (a quien ya le había llegado la patente de Presidente) que hicieran unos ejercicios espirituales de oración y penitencia poniendo por intercesores a nuestros Padres Santo Domingo y San Francisco, Patronos de la misión para el buen logro de la expedición. Y otros al Arcángel

San Miguel ofreciéndole el patronato de la nación coniba, si esta abrazase la ley evangélica. Parece que tan eficaces fueron estas oraciones de sus siervos que aún antes de acabarse los ejercicios y novena vinieron los de Manoa y le dijeron al Venerable Padre Francisco: Padre, queremos ir a amistarlos con los conibos, cosa que hasta entonces habían repugnado mucho. Dioles las gracias de ello porque conocía que sólo éste, en lo natural, era el medio para dar a conocer a Dios a aquellas gentes y propagar a otras naciones el santo Evangelio.

Hiciéronlo y a breves días volvieron trayendo de regreso cuatro conibos con dos mujeres; tan excesivo fue el gozo de su alma que se hubiera ido en aquella hora a los conibos a no haberse opuesto mucho el pueblo, con el que fue preciso condescender por evitar alguna sublevación. Determinó pasar el P. Fresneda, pero tuvo pronto que regresar, porque los sipibos llevaron muy a mal que el Padre los hubiera dejado, dándoles a los conibos esperanzas de que ya vendrían Padres para que los enseñaran.

Ibase divulgando la noticia de la llegada de los Padres por todo el centro de la montaña para hacerlos cristianos y que fueran al cielo y así pedían Padres a cada paso. La que más instó fue la nación pira, nación famosa, muy guerrera y la más dilatada que tuvieron noticia al ir a la montaña. No se pudo condescender por la escasez de operarios evangélicos y sólo se les dio esperanzas de que harían por traerles Padres para que les instruyesen. A vista de la instancia de los conibos y sipibos de querer Padres, determinó el P. Presidente de la conversión que saliera el Venerable Francisco a Lima, no sólo con el motivo de procurar con el Reverendísimo Co-

misario General que enviase obreros evangélicos a cultivar aquella nueva viña del Señor, que deseaba recibir el santo Evangelio, sino con el fin de que se curase, porque había enfermado mucho con lo malo y pobre de las comidas, con el rigor de las penitencias y con el continuo trabajo de estudiar las lenguas. Llegó a perder tanto el estómago y a llenarse de instrucciones que nada deponía de cuanto comía, sino con la ayuda del sen o ruibardo que echaba en polvos en la mazamorra o brebaje de maíz que era su ordinario sustento. Llegó a Lima y andando en la solicitud de misioneros y curándose, le llegó la siguiente carta con la que quedó atravesado su espíritu sin saber qué hacerse: Carta al Venerable Padre Fr. Francisco de San José: Mi Padre: ya llegó el caso que tanto me he estado temiendo por no haber gente de armas en esta conversión. Llegando yo con mis conibos a este de San Francisco de Manoa para llevar socorro y a buscar un Padre para poner en los piros que repetidas veces me lo habían pedido, hallé que cuatro días antes de mi llegada había salido para Santo Domingo de Pisqui el P. Fr. Roque Aznar y el Hno. Manuel Romero, donado de la misión, con indios de Pampa Hermosa, Valle y Sión y llegado a Yapatí los recibió el traidor Rungato y su parcialidad con extrañas demostraciones de afecto, trayéndoles yuca, plátanos y maíz con abundancia y al ponerse el sol vinieron todos y cogiéndolos descuidados, empezaron a macanazos y mataron al Padre el primero, al donado y a 16 indios; esto es lo que han hecho Yaubos (así se llama la parcialidad sublevada). Los mansos y los que teníamos por mejores; qué podremos esperar de los demás que no los juzgamos tales?

Los setebos, así se llaman los del pueblo, no sabemos hasta ahora que

hayan sabido ni entendido en la traición. Ellos muestran gran sentimiento del hecho y dicen que buscaron a los agresores y los mataron. Nos han dicho que nos vayamos todos a los conibos y que, después de ellos hayan vengado las muertes, irán por su Padre conversor; por lo que todos salimos para allá mañana 13. Desde allí avisaré con más extensión; lo que encargo es que nadie venga por esta vía hasta que avisemos.

No es decible el dolor del Venerable Padre en esta ocasión, no tanto por las muertes referidas, pues todos eran cristianos y murieron mártires de la caridad, sino por la perdición de aquellas almas y fatales consecuencias que se podían seguir como de facto se siguieron, pues los sipibos y conibos no sé si movidos de Rungato o del mismo enemigo mataron a todos los Padres, donados e indios cristianos que había en aquellas tierras. Y así murieron: en el pueblo de San Francisco de Yapatí: el P. Fr. Roque Aznar, sacerdote; el Hno. Manuel Rano, donado y 12 indios cristianos de la conversión de Cajamarquilla.

En el pueblo de Santo Domingo de Pisqui, el P. Fr. Juan de Dios Fresneda, sacerdote; Fr. Alejandro Casas, religioso lego; Fr. Francisco Jiménez, religioso lego; dos chapetones y tres indios cristianos.

En el pueblo de Santa Bárbara de Achani: el P. Fr. Mariano Erranz, sacerdote; Fr. José Caballero, religioso lego; el Hno. Manuel de las Animas, donado; un soldado chapetón y dos indios cristianos.

En San Miguel de los Conibos: el P. Fr. José Salcedo, Presidente de la conversión; el P. Fr. Juan de Santa Rosa, sacerdote; el P. Fr. José Jaime,

sacerdote; Fr. Manuel de San Pablo, religioso lego; el Hno. Andrés Bernal, donado; el Hno. Mauricio de San Francisco, donado; el Hno. Hipólito de Jesús, donado; Dn. Antonio Tomati, gobernador de la conversión; un soldado y algunos indios cristianos que no se averiguó.

CAPITULO XIII

Con la noticia de la muerte del P. Roque Aznar sale para Manoa el V.P. por la vía del Pozuzo y trabajos que padeció con sus compañeros.

Cuando la noticia de la muerte del P. Aznar parece que había de entibiar el ánimo del Venerable Padre para animarse a emprender un viaje tan penoso como es el de Manoa por camino casi no conocido y más hallándose tan quebrantado en la salud como dejo dicho. Fue de mayor incentivo a su celo para ponerse en marcha con su presencia y prudencia la muerte de todos los demás. Cual otro elefante que con ver la sangre vertida se alienta a la pelea, así nuestro Venerable Padre con la vista de la sangre de un hermano suyo y temor de que se derramara la de los otros, determinó salir al punto de Lima sin acabar de curarse ni recuperar la salud perdida para un viaje que él sólo bastaba para consumir y quebrantar la salud más robusta. Para esto dispuso socorro de armas y regalos, para ver si con el temor o el obsequio podría impedir los estragos que se temían en toda la conversión.

Con la licencia del Señor Virrey, con la bendición de nuestro Reveren-

dísimo Padre Comisario General y en compañía de los Padres Fr. Manuel Gil, Comisario de las misiones seráficas, y Fr. Valentín Arrieta, predicador apostólico, salió para Pozuzo por decirle el Padre Presidente que nadie entrase por la vía de Cajamarquilla hasta que él avisase. Día 7 de julio del año del Señor de 1767 se embarcaron en el río Pozuzo. Tan poco feliz fue esta navegación que en 14 días apenas habían caminado 20 leguas por causa de los formidables pasos que encontraban en el río. No daban paso en el que no hallasen un tropiezo, de lo que nació tener largas detenciones, grandes averías y mayores infortunios. Los barcos que llevaban esta pobre expedición de Jesucristo se reducían a una balsa y dos canoas, las que bararon no una sino repetidas veces, causándoles indecibles fatigas el desencallarlas. En uno de estos lances baró la balsa con tal violencia que se desgovernó toda y fue preciso descargarla a toda prisa; en otra ocasión se les entró la canoa mayor entre unas peñas y de los repetidos golpes que dio, se rajó de popa a proa, y no habiendo herrero ni calafate para repararla, tuvieron los religiosos con sus manos consagradas que aplicarse a estos oficios, forjando de machetes fajos para ceñirla; de cuchillos, abrazaderas para asegurarla; y de cortezas de palo, betún y estopas para calafatearla. Reforzada la canoa siguieron su rumbo río abajo y a poco trecho dio ella y la balsa en una palizada con tal violencia que casi se voltearon y quedaron perdidos.

Tan extraordinario fue este trabajo que en él perdieron casi toda la pólvora y 6 armas de 16 que llevaban; perdieron muchos libros, mucha ropa, muchas herramientas, muchos víveres y (juguetes) que llevaban para regalar a los indios.

Y finalmente perdieron casi todo el bastimento, pues llevando provisiones para 4 meses, apenas les quedó para 8 días y tan malo que la harina de maíz se agrió, se puso tan pestífera que sólo una casi extrema necesidad podía hacer que se comiese y unos chicharrones de cerdo no sólo rancios sino podridos. Esto que podría retraerlos de la empresa no fue óbice sino que puesta su confianza en Dios salieron a continuar su viaje. No les salió fallida su esperanza, pues el Señor los socorrió con caza, pesca, palmitos y verdolagas con tanta abundancia que siendo 73 hombres los que iban entre todos, no se pasó día sin que hicieran dos comidas. Bendita sea tal Providencia con la que socorre a los que le sirven en todos tiempos.

Pasados los malos pasos del río siguieron su camino sin novedad hasta el día dos de agosto que avistando las tierras y nación de los cashibos, apenas los sintieron cuando salieron aquellos bárbaros a ellos, desnudos, armados de arco y flecha, amenazándolos de muerte y gritándoles como unos desesperados. Uno de ellos anduvo tan atrevido que metiéndose en el agua les disparó una flecha que no les hizo daño por lo ancho del río. Por evitar estos peligros, siguieron a todo remo pero los bárbaros los siguieron con tal velocidad que les cogieron la delantera y se apostaron en un estrecho del río donde podían flecarlos a su salvo. Advertido de los nuestros el peligro se retiraron a la opuesta banda y saltando a tierra les preguntaron qué querían, y respondiendo que ver a sus amigos. Replicaron los nuestros que si eso querían que pasaran a nuestra banda y los regalarían. Detuviéronse algún rato pero al fin pasaron treinta hombres y algunas mujeres y regalándoles a cada uno un cuchillo; se abrazaron y que-

daron en la apariencia amigos. Poco duró esta amistad, porque al anoecer fueron cogiendo las flechas que dejaron al venir y toda la noche nos estuvieron espiondo atribuyendo el no haberlos flechado el que los nuestros estuvieron toda la noche con las armas en la mano.

Apenas amanecía el día 3 cuando vieron que aquellos ingratos parte de ellos tenían cogida la banda del río por donde habían de salir, y que los restantes los tenían cercados por distintos sitios. Viendo esta disposición de batalla los reconvinieron con la amistad pactada, a la que haciéndose sordos, el capitán de nuestra escolta les echó este resto diciendo: apartaos de ahí, acabaré con vosotros. Repitiéndoles esta amenaza dos o tres veces y no dando otra respuesta que preparar los arcos, mandó nuestro capitán hacer fuego a algunos de los nuestros. Dispararon cinco tiros con tanto acierto que dudaron si habían errado alguno. No huyeron por esto los bárbaros, por esto sólo se retiraron algún tanto; por lo que avanzándose los nuestros hacia ellos les dieron un avance en que quedó uno muerto y les hicieron retirar al monte desde donde les amenazaban con furiosos gritos y sonándoles las flechas. Desalojados los indios del lugar que impedían el salir, embarcaron los nuestros; lo que advertido de los bárbaros, corrían a ellos dando gritos y disparando flechas, las que fue Dios servido no hirieran a ninguno. Caminaron todo este día a todo remo y libres ya de este peligro por el medio dicho padecieron a la noche el trabajo sensible que ya refiero.

Con el contento de haber salido bien y sin daño alguno de los cashibos, se llevó el río la canoa por la inadvertencia o descuido de los canoeros. Ve-

nía en ella el corto y mal bastimento que traían, por lo que se hallaron en el mayor conflicto. Al verse en este infortunio sin bastimento y con sólo una canoa en que apenas cabían, recurrieron a Dios para que los socorriese en tanto aprieto y aquel gran Dios que consuela a los afligidos no dilató mucho el consuelo; porque habiendo salido al amanecer en busca de la canoa, la encontraron a distancia de una legua arrimada a un tronco sin avería alguna. Alegres con el hallazgo de su canoa tomaron su marcha río abajo hasta el día 7 que llegaron al desembocadura del río Pozuzo en el poderoso Ucayali, donde habitan los conibos pertenecientes a la conversión de Manoa. Recibieronlos estos con singulares demostraciones de cariño y preguntándoles por sus padres conversores, les respondieron que habían ido río arriba a la nación de los piro, por haberse arruinado sus pueblos con una gran creciente del río, y que volverían a aquel sitio en concluyéndoles la casa que ya les estaban fabricando.

Dijéronles que era necesario dár aviso a los Padres de su llegada y llevarles carta, a lo que se ofrecieron prontos prometiéndoles que dentro de 5 días ya estarían los Padres conversores en compañía de ellos. Esta última palabra fue la única verdad que les hablaron, pues su ánimo en estos cinco días era congrega toda su nación y echarlos a flechazos al cielo, como lo habían hecho con los otros. Conocieron los nuestros la traición y por tanto dispusieron el escapar con brevedad aquella misma noche por el río abajo a salir a San Francisco de Manoa y de allí a la conversión de Cajamarquilla. En vano fue esta diligencia, porque teniendo ellos centinelas, al amanecer ya vieron canoas de los que suponían dormidos, que habiéndoles cogido la delantera a los

nuestros iban a juntarse con los de otro pueblo de su nación que había río abajo. Andóse en tanto peligro, se encomendaron a Dios, preparó nuestra gente las armas y siguieron el rumbo hasta las tres de la tarde que descubrieron el pueblo a la orilla del río. Había en la playa una gran multitud de gente armada, que los llevaban a tierra. No quisieron arribar y saludándolos de paso siguieron su camino por el río. Viendo que no querían saltar en tierra, tomaron ocho o diez canoas unos, y otros siguieron la playa, diligencia con que los cercaron por mar y tierra sin ser posible el defenderse porque nuestra gente era la precisa para el remo, y no podían usar de las armas. Viéndose en este aprieto saltaron en tierra y les preguntó el Venerable Padre que a qué fin les perseguían. Respondieron que querían herramientas para labrar sus chacaras. Bien se le ofreció la respuesta que merecían aquellos ingratos, pero considerando su estado sacerdotal, le pareció conveniente condescender y amistarlos con ellos dándoles a cada uno un machete.

Al repartir los machetes encontraron entre los conibos al curaca de Manoa con muchos de sus indios, a quienes parece los trajo el cielo para remedio de los nuestros. Díjoles el Venerable Padre cómo iba a su pueblo y que deseaba los fueran acompañando, a lo que respondieron que estaban prontos, que los esperaban donde hicieran pascana, que por la mañana siguiente los alcanzarían. Diéronles palabra de hacerlo, y despedidos de ellos y de los conibos, se embarcaron. Apenas se habían embarcado cuando les dieron otro cerco como el primero; advertido de los nuestros saltaron en tierra, tomó nuestra gente las armas y los conibos acordonándose en medio círculo, se pusieron en forma de batalla. Sería

esta hora las 5 de la tarde, y se permanecieron en esta forma sin disparar hasta las diez de la noche que puesta la luna y valiéndose de su oscuridad, se fueron acercando y disparando flechas a los nuestros, los que les correspondieron con balazos. En esta batalla estaban cuando aconteció una cosa bien digna de memoria y fue todos, así cristianos como gentiles, vieron un foco de luz más resplandeciente que la luna, que corriendo por encima de los gentiles alumbró toda la campaña. Apenas vieron esto los gentiles (oh misericordias grandes de Dios), cuando dejaron de flechar.

No obstante que cesaron las flechas no cesó el cuidado del Venerable Padre y de los nuestros y más al amanecer, que vieron el cordón mayor que el día antecedente, por haber llegado aquella noche muchos de los convocados. En tanto prieto estaban cuando vio el Venerable Padre a los extremos del cordón a los indios de Manoa, y llamando al curaca le preguntó que qué intentaban los conibos. El que respondió: Padre, ahora le diré lo que ayer no quise decirle. Has de saber que han muerto a sus padres conversores y a toda la gente que los acompañaba y lo mismo quieren hacer con vosotros; pero ya esta noche llegó su curaca mayor, me he empeñado con él y me ha dado palabra que no os harán daño; pero es necesario que les regales algunas hachas para acabar de aplacarlos. No le pareció conveniente al Venerable Padre el mostrar cobardía por entonces y así, con la fortaleza natural que Dios le dio, le habló con la mayor resolución y le dijo: Mira, curaca, nosotros no tememos a los conibos; diles que si quieren hachas que dejen las flechas, y que vengan como verdaderos amigos, y de no hacerlo así que ninguno de ellos ha de quedar con vida.

Intimóles el curaca esta amenaza y luego al punto dejando las flechas se vinieron a los nuestros con tales demostraciones de cariño como si fueran sus mayores amigos. Regalaronles algunas hachas, y ellos correspondieron con algunas comidas y todo el día se estuvieron hablando con ellos con grande amistad.

Conseguida ésta, descubrieron otro mayor peligro, y fue que reconviniendo al curaca con la palabra que le había dado el día antes para ir con ellos a Manoa, le respondió ¿dónde quieres ir Padre?, si en ese río abajo están esperando los piro para mataros, porque también nos quieren matar a nosotros.

Ellos han muerto también a sus padres conversores, juzgando que vendrán los españoles a castigarlos se han huido y los están esperando en ese río para acabar con ellos; y así no dudes, que si vais río abajo acaban con vosotros. Viéndose en este aprieto, se abrazó con el curaca y le dijo: Ve aquí curaca en los peligros en que me veo por vuestro amor, si voy río abajo me matan los shipibos; si río arriba, los conibos, que estos han convocado que es preciso irlos encontrando. Aunque salgá bien de los conibos, luego encontraré con los casibos, que instados con la guerra que tuvimos al bajar, nos recibirán con mayor fuerza al subir. ¿Quién sino vuestro amor me ha puesto en tales trabajos y peligros? Entonces el curaca enternecido le dijo: No temas, Padre, a los conibos, que yo con su curaca y toda mi gente te iremos acompañando hasta sacarte de ellos. De los casibos no te puedo yo defender, pero tu gente te defenderá al subir como te defendió al bajar, y así río arriba has de ir si no quieres morir, porque yo no te puedo defender.

Viose el Venerable Padre con todos los nuestros obligados a tomar sus consejos y volver río arriba acompañados de toda la gente de Manoa y de los conibos amistados, que los vinieron escoltando tres días en los que no cesaron de encontrar canoas de los que venían de arriba; pero luego salían los curacas, les hacían un gran sermón a favor nuestro, con el que convertían sus furias en abrazos y finezas que nos hacían.

Ya les parecía que se había acabado todo peligro, pero no fue así; porque ahora se vieron en el mayor que podía acontecerles, porque los de Manoa acordándose que el Venerable Padre había sido su primer Ministro evangélico y de los beneficios que les hizo en más de 5 años que estuvo con ellos, se les hacía muy duro el dejarle ir, y tratando el punto con los conibos, se empeñaron unos y otros en que se quedara con ellos. Este fue el mayor empeño y peligro porque fueron tantas las instancias que hicieron para que se quedara que temió perder con ellos las amistades, si no les daba gusto. No obstante, con la ayuda de Dios los aplacó, asegurándoles que el verano siguiente volvería a asistirles hasta morir. Con esta palabra, sosegados algún tanto, se despidieron de ellos y siguieron su regreso. Cuánto sería aquí el valor del Venerable Padre al ver que aquellas ovejas por quienes tantos trabajos había pasado se quedaban así expuestas y entregadas ya a los demonios. Sólo Dios puede saberlo, pues yo no sé cómo no perdió la vida a fuerza del sentimiento.

Salieron de las tierras de Manoa y caminaron sin novedad hasta que llegaron a los casibos. Apenas los vieron cuando comenzaron a gritos tan descompasados que los confundían, corrían por las playas y monte como

unos desesperados, tan tenaces estuvieron en seguirlos que en tres días no los dejaron, ya cogiendo los estrechos de los ríos y ya poniéndose en emboscadas para flecharlos, pero fue Dios servido que ni una flecha tocó a alguno de nosotros, habiendo quedado cuatro de ellos en este segundo lance heridos o quizá muertos.

Viéndose libres ya de estos bárbaros siguieron su camino sin novedad hasta que el bastimento se les acabó del todo, por lo que tuvieron que detenerse a pescar y cazar junto a un arroyo que llaman de San Agustín para comer. Entróse el P. Valentín a cazar al monte y a breve distancia se encontró con tres indios en carnes y del todo desnudos, que luego que lo vieron echaron a huir dejándose las flechas. Cogiólas el religioso y les gritó diciendo *amico, amico*, y al punto volvieron ellos; y el más anciano que habla algún castellano, besándole los pies y las manos al religioso, le decía: Padre, por amor de Dios, como pidiéndole perdón de algún delito. Trájolos al rancho, a quienes el P. Comisario y el Venerable Padre Francisco les hicieron mil cariños. Preguntáronle que de dónde era o de qué nación. A lo que respondió que era de Pozuzo, que se había huido muchos años ha, que era cristiano, que se llamaba Lorenzo; que su mujer era cristiana y se llamaba María; que aquellos dos que le acompañaban eran sus hijos y que no tenían nombres, porque no eran cristianos. En esta conversión estuvieron hasta cerca de ponerse el sol, que se despidieron, asegurando iban a su pueblo a traernos bastimentos. Al día siguiente por la mañana regresó nuestro Lorenzo con algunos hombres, mujeres y muchachos cargados de yucas, plátanos, maíz y otras comidas que recibieron con el gusto que se deja discurrir y les correspon-

dieron con algunas navajas y cuchillos. Recibido el regalo fueron al pueblo el P. Comisario y el P. Valentín con los demás soldados, a quienes recibieron con danzas y regocijos y donde se permanecieron hasta otro día por la mañana, que volvieron al rancho con cuasi todo el pueblo cargado de comida con tal abundancia que tuvieron lo necesario para doce días que tardaron en volver al Pozuzo.

Tres días estuvieron en aquel sitio en los que les hicieron tales instancias para que se quedasen por sus curacas que traspasado el corazón del Venerable Padre y del P. Valentín le pidieron licencia para quedarse con ellos. No fue posible que el P. Comisario lo permitiera temeroso de algún asalto de los de abajo, pero les aseguró que luego los consolaría consultando el caso con el Rmo. P. Comisario general, con cuya respuesta dieron consuelo a aquellos pobres indios. Despedidos de ellos con tiernos abrazos se dieron al remo, y llegaron a Pozuzo, donde procesionalmente fueron todos a la iglesia cantando el *Te Deum laudamus*, dando a Dios gracias porque los había librado de tantos riesgos y peligros. Con esto se terminó la conversión de Manoa y todo cuanto se podía haber adelantado la conversión por la vía del Pozuzo, pues después por mucho que se trabajó y gastó nada se hizo.

CAPITULO XIV

Es electo el Venerable Padre en Guardián de Ocopa y otros ejercicios en que se ocupó hasta empezar la expedición de Chanchamayo.

Símbolo perfecto del virtuoso verdadero es el diestro piloto. Elige éste para hacer su viaje el rumbo conveniente, pero sin atarse a seguirle siempre, si para llegar al puerto le hacen oposición los temporales; porque en tal caso valiéndose de la destreza del timón y amainando, o mudando las velas varía de rumbo sin mudar de empeño; así el virtuoso, que por el mar borrascoso de esta vida camina al puerto de una dichosa eternidad, toma el rumbo de sus ejercicios según impulsos de la inspiración, pero si la variedad de accidentes en la vida de un religioso sujeto al yugo de la obediencia lo embarazan, se acomoda con el tiempo y muda de rumbo para hacer al puerto de la eternidad feliz su camino. Así aconteció con nuestro Venerable Padre, quien corriendo viento en popa impelido de las inspiraciones por el golfo de la conversión de los infieles le atajó la santa obediencia con haberle hecho Guardián del Colegio de Ocopa. Por lo que hubo de mudar de rumbo, aunque no el caminar para el cielo. Apenas llegaron al Colegio del viaje referido en capítulo pasado cuando ocurrió hacer la elección de Prelado, pusieron los ojos en el Venerable Padre con tan benemérito por su virtud y talentos, por lo que le dieron los votos. Renunció la Prelación como verdadero humilde; pero no le valió, pues le obligó la obediencia a que recibiese el empleo. Puesto en la casa de Dios no es decible su celo por la observancia de la Regla y constituciones, siendo el primero en todo para animar con su ejemplo a los otros.

Escribió esto Fr. Martín de Martín.